

Clavos de olor

Literatura Regional



Elba Gómez Orozco

Clavos de olor

Antología

Literatura Regional

trece cuentos

Elba Gómez Orozco

Clavos de olor

Primera edición, diciembre 2022

D.R. © Elba Gómez Orozco

Todos los derechos reservados, 2022

ISBN: 979-8-218-10463-4

Edición y producción: Flechaprint, S.A. de C.V.
General Anaya #524, Tepatitlán de Morelos, Jalisco.

Diseño Portada: Talleres de Flechaprint, S.A. de C. V.
Elba Gómez Orozco.

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información existente, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Impreso y hecho en México.
Printed and made in México.

Dedicado a:

Los niños de mi vida:

Natalia

Hilario

Íker

Tristan

Lucía

Aurelio

Y los que se acumulen...

Presentación

La presente antología es un proyecto largamente acariciado. Jornadas intensas donde personajes, fechas, tazas de café, cuartillas y madrugadas se hacían una sola trama. Hoy, al hacerse realidad las emociones afloran cual letras danzantes buscando acomodo en una historia. Las piezas cuentísticas que conforman esta obra han sido creadas bajo el formato de literatura regional, dando así identidad narrativa a personajes y aconteceres en los Altos de Jalisco. Parte importante en esta antología es el lenguaje, que en un intento de ajustarse lo más cercano posible a las formas de comunicación de los alteños, surgieron piezas disímbolas con esas hablas, y que, como la misma tierra colorada a esta región, fueron dando color, tersura y sabor a cada uno de los cuentos.

Queda al albedrío del lector si cada una de estas narraciones cumple el objetivo de retratar la cotidianidad y esencia de los alteños de ayer y hoy.

La autora

Prólogo

La obra literaria que nos ofrece Elba, así le digo yo de cariño, más para quienes no han tenido cercanía con ella se trata de la señora Elba Gómez Orozco, tepatitlense creadora de textos que dan vida a historias, anécdotas, dichos, sentencias y poesía, entre sus publicaciones encontraremos el atractivo de su escritura, sin palabras rebuscadas, sencilla pero impactante, suave pero firme. En esta nueva entrega titulada “Clavos de olor” integrada por 13 cuentos, el lector se trasladará al pasado cercano, los renglones abren el camino a los recuerdos de nuestro antiguo pueblo, el habla, las costumbres, las creencias, la cultura y religiosidad.

Los cuentos que nos ofrece Elba inician con Colonche, palabra que refiere a la bebida alcohólica que se obtiene del jugo de la tuna, la plática entre parroquianos que intercambian sus preocupaciones y pesares por los acontecimientos nada gratos que están viviendo en su entorno, entre sorbos de colonche cada uno deshilvana un cúmulo de conjeturas, las ideas y preocupaciones son sentidas.

Los cuentos subsecuentes atarán la atención de los lectores, cada uno con su narrativa nos lleva a los pasajes históricos, las anécdotas, dichos y palabras que fueron del uso común antiguamente.

Aquellos que gustan de manifestaciones lingüísticas, estéticas, simbólicas e imaginarias de los pueblos de antaño que en algún tiempo habitaron nuestros ancestros, lo encontraran en sus cuentos.

Reconozco la valentía de Elba por atreverse a escribir esta obra, pasar por el cuento “La Playa”, donde aborda un episodio que de acuerdo a su servidor nadie había tocado, parte de la vida alegre del añejo pueblo de Tepatitlán, la zona de tolerancia o zona roja, la sonaja, la cadena, el sube y baja, donde entre licor y placer se tejieron encantos y desencantos de los parroquianos que acudían a descararse.

Agradecido con la vida al permitirme compartir tiempo y espacio donde he tenido el agrado de conocer múltiples publicaciones de mujeres tepatitlenses, alteñas y tapatías, que van dejando huella en textos durante su paso por esta vida, enhorabuena Elba por tu obra literaria.

Norberto Servín González

Clavos
de
olor

Colonche

Con la incertidumbre reflejada en el rostro, tres hombres contemplaban la puesta del sol en los linderos de Ojo de Agua de Santa Ana. Callados, pensativos, ni uno solo se atrevía a reconocer el temor que los consumía. Sentados sobre unas piedras a modo de bancos, uno de ellos sacó de entre sus ropas una bolsa con tabaco deshidratado, dos trozos de pedernal, y en hojas de maíz secas y cortadas en rectángulos, con habilidad lio unos cuantos cigarrillos y los distribuyó entre los otros dos. Frotó un pedernal contra otro, se hizo una chispa y encendió un cigarro; luego, ese cigarro encendido, prendió los demás. Era bueno fumar, aspiraban, exhalaban; y mantenían a distancia a las nubes de mosquitos que zumbaban alrededor. Tenían a la lejanía la vista del Cerro Pelón, por el que las tonalidades bermejas y mortecinas en instantes se veían opacadas por una solitaria nube. Una sola nube, no era buena señal. Era más bien un motivo de preocupación. En el caserío, a sus espaldas, iniciaban los rituales acostumbrados al oscurecer. El crujir al anochecer de puertas y ventanas que se resistían al tiempo y al olvido. El alboroto al encerrar las pocas aves de corral. Y el congregarse a la familia en torno a una advocación mariana a rezar el rosario antes de la cena.

El crepúsculo y la sensación de seguridad producida por la nicotina, hicieron que los hombres iniciaran una conversación.

—Nubes tiernitas, lluvias poquitas. Y ni resoca de agua. Pa'cabala, la nube Vaquita se arraná en el Cerro Pelón, ni pa'tras ni pa' delante. La nube Rubí ya no va aportar este año. Cuáles relámpagos ni cuál nada, contímenos una tormentita regular. T'an torcidas las cañitas, el barbecho seco, ¿pos cuáles matas de frijol? Ni quelites vamos a lograr. Puro garruño por vida de Dios. Año de tunas, cosechas ningunas; vamos a tragar tunas como pitacoques. Almudes y almudes de tunas.

—Los pozos t'an bien bajos, mejor tapialos. El arroyo, flaco, ni tepocates tiene. Las auras y los zopilotes son los únicos que tragan. Los cuamiles yernos, yernos; y quesque tenemos qué pagar premio. ¡Cómo chintrolas pues! Pos si semos propetarios. Ora pa' las secas, pu'equé te asista razón, puras tunas; y nomás haber aquí tunas del gato y taponas. Y de pilón la monserga de la Tébana. T'amos mal, y vamos a pior.

—No te haga eso, la rialada de arribeños que se nos enjalmaron, train el hambre y la mortandá, llegaron todos carcajudos a gusguiarse hasta las mazorcas. Figurosos y guandajos como ellos solos y sus cristianas y su raza igual. Indios y arribeños, todos son uno. Llegan con una mano atrás y otra adelante, en el puro pellejo, trasijados y con la panza pegada al espinazo. Descreidos los tastuanes, croque ni bautizados. Son como los indios, apenas preban el pan y ya quieren su

trigo espigando. Talegones y cuerudos como ellos solos. Ya nomás agarran sangrita y luego luego le quieren a uno girar. Año seco, y tanto hocico qué retacar. Y las trojas rechinando.

Era una temporada difícil para la región, la sequía asolaba desde dos años atrás, los graneros estaban a punto de quedar vacíos. La hambruna hizo su aparición y el éxodo de caravanas de campesinos provenientes de Zacatecas y San Luis Potosí se asentaron en el pueblo y en las rancherías vecinas. La desconfianza y el rechazo hacia los inmigrantes fue patente en cada uno de los actos de los pobladores. Los acusaban de haber llevado las calamidades por las que estaban pasando. La segregación como cultura heredada fue el precio a pagar por los recién llegados a los Altos de Jalisco. Las malas condiciones sanitarias, la sequía y el estado de la propia hambruna hicieron que las epidemias sentaran sus reales en la región. Bajo la relativa paz porfiriana y por decreto, muchas leyes fueron reformadas, una de ellas, la Ley de Alcabalas, abolida tres años atrás, trajo como consecuencia una reforma fiscal en todo el país, y pagar impuestos sobre las propiedades era una de las molestias que tenían los habitantes de Ojo de Agua de Santa Ana; y de toda la república.

—Hay mucho infesto de viruela, y de tifo. El sepulturero no se da abasto, compresto es una criatura, compresto un cristiano. Hasta los chuchos se cain de ñengos. Y sin llover, ni unas gotas, ni pa' remedio. Desde la entrada de aguas del día de san Antonio, nada. La

canícula entró en sequía, mortandá segura. No han mandao padre, la capilla sólida, sólida, ni una alma, ni quen le prenda una vela a señora santa Ana. Tantos cristianos que boquiaron sin confesión. ¿No será castigo divino? O se estará llegando el Día del Juicio.

—Tenemos que topale a lo que venga. Antes de que el traguito de leche y la gorda se vuelvan asquillas. Los hombres hombres, han de ser de hechos no de dichos, no semos nagualudos, contimás cualquier olote. No hay de otra más que precurar a Tébaná. Sea juere, salga salgare. Y si juera menester, dale unos riales. Si le jerramos, de hombres es jerrar, y de bestias es porfiar.

—Pa' qué tanto brinco estando el suelo tan parejo. Aquí semos hombres y no nos vamos a rajar. Aquí todos hijos o todos entenados. Vamos a hacele la vecita a Tébaná en el nombre de Dios; y en el nombre de Dios ni el arsénico hace daño.

Tébaná, vivía en las orillas del poblado, nadie sabía de dónde, cómo, o cuándo había llegado. Un día, después de una copiosa tormenta ella apareció en esa casa abandonada. Tampoco nadie sabía su edad, podría tener cuarenta, o cincuenta, o cien años. Su robustez contrastaba con la fisonomía de los pobladores de Santa Ana. De andar balanceado cual buque en altamar. Brazos gruesos, y cuya desnudez causaba suspicacia. Unos ojos color marrón enmarcaban su rostro moreno. Aunque vista con recelo, era muy frecuentada sobre todo por mujeres por sus conocimientos en la herbolaria. Se rumoraba que practicaba la hechicería; aunque nadie podría asegurarlo. Esto último era lo que había

convencido a los tres hombres a ir en su busca. La mujer era, una más entre las demás adversidades, a las que los hombres culpaban de la decadencia del pueblo. Se adentraron por las calles polvorientas, el adobe blanqueado de las casas seguía conservando el calor del sol que cayó a plomo durante el día, los hombres caminaron por el arroyo de la calle. El bochorno húmedo y la pasmosa tranquilidad, hacían de la incipiente noche un momento propicio para despertar a las lechuzas, que perezosamente dejaron la solitaria torre del templo y acudieron presurosas a vigilar los pasos de los visitantes. Inseguros, sorprendidos por la presencia de las aves, y alumbrados con una tea de ocote, repasaron el plan para la entrevista con Tébana.

—A ver si no se echó ya la vieja tenamastona. ¿No sienten que jiede a rancio? Como a cuerno. ¿No estaremos difuntos muertos? Pu'equé que los tecolotes ya nos anden zopilotiando. Y a mí nomás no me espantan con el petate del muerto. Croque la que quere petate es otra.

— A a lo que jiede es a yerba quemada, afiguro que alguna cristiana está echando jumazos de Santa María. Pero no por eso. Jumazos vamos a echale a la mojina de la Tébana, precurando dale su pasiadita al río. Ese zanjón está como pa' mandar pedir la muerte.

— Y si no apetece pasiada, pos su agüita de gregorianas. O su limonada de estrinina ¿Qué no? Búiganle, quen quite y todavía no agarre majada la frastera.

Llegaron a los linderos de la casa de Tébana, una cerca de piedra circundaba la vivienda de techo de teja.

Pasaron por el portillo y se adentraron en el patio que cubierto de plantas, no les permitía el paso franco. De repente tropezaron con una gata y sus crías, los felinos saltaron dando maullidos lastimeros al sentir el contacto de los huaraches de uno de los hombres. La puerta estaba entreabierta y desde el fondo aparecía una débil llama proveniente de un aparato de petróleo.

—¡Ave María! ¡Ave María! ¡Ave María en esta casa! —dijo uno de los hombres al entrar.

—¡Sin pecado concebida! Pasen cristianos, pasen sus mercedes. Gabino, Juan, Fermín; están en su probe casa— contestó Tébana— ¿pa' qué soy buena?

Los hombres voltearon a verse, ninguno se atrevía a tomar la palabra. Se sentían atrapados en la atmósfera circundante. No había lagartijas muertas colgando, no había peroles hirviendo, no había arañas con doce patas, no había fetos cocinándose; y la bruja a la que fueron a buscar, no lo parecía. Tébana encendió un quinqué con pantalla de vidrio, lo puso sobre una mesa, y dirigiéndose a los visitantes les entregó un jarro con chocolate. A lo lejos, se oyó el tañer de la campana de la capilla, que en la última de las horas canónicas llamaba a Completas. Se arrodillaron y santiguaron todos. Hubo un pesado silencio, luego, Gabino respiró profundo y tomó la palabra.

—Con su venia doña Tébana, vinimos a pe...— Gabino fue interrumpido por la mujer.

—No tengan pendiente cristianos. Columbro pa' todo lo que me precuran. Ya vide la sanfrancia que train

con los arribeños. Camadas y camadas. De los arribeños y lambuscos, libreme mi Padre Dios. No ocupo guajes pa' nadar, ya les cairá su remedio. Dios castiga sin palo y sin cuarta. De las andancias y los infestos nomás apepenen a las Benditas Ánimas del Purgatorio. A las criaturas, poneles en sus llaguítas sagú, cáscara de palo colorao, garbanzo remojao y semillas de chilacayota, todo lo muelen en el metate y lo revuelven con infundia de gallina. Se lo embarran por to'ito lo gangrenao. Y de mí se acuerdan, santo remedio. Pa' la tifo, no hay mejor cosa que bañarse con jabón lejía de alcanfor hasta que sientan su salú, y polvos pa' las chinches en la borra del colchón; y poneles una friega de malvas con siempreviva, todo amartajao, y aceite de comer. Buenisanos se han de poner los malos de alferecía si les dan de beber un dedal diario de colonche. Ha de ser de tuna cardona, con su canela, su piloncillo y su clavo de olor, lo pasan por el cedazo, y como agua de uso. Adiós debelidá de síncope y calenturas por sécula seculorun. La mortandá de bestias, los arrieros trajieron la enfermedá, por eso es menester soltalos al potrero. Caballo que no raya, que se vaya.

—Los aguajes están agostados y la milpa est...—
esta vez quien intentó hablar fue Fermín, pero corrió la misma suerte que Gabino, fue interrumpido por Tébana.

—Les tengo albricias de las aguas. No soy soreque, cuantimemos tapia. Y ustedes ya están pertigones pa' que les ande uno remolinado las razones. Al buen entendedor pocas palabras. Todo se

les va a componer, no hay maletía que dure cien años ni enfermo que los aguante. Nomás que hay que sufrir pa' merecer. Asina que ustedes tamién ayuden al Todopoderoso pa' la sanación del pueblo y que traiga l'agua. Vayan con Dios y ayuden a su prójimo, sean buenos cristianos y recen el rosario. Y pa' la víspera de Nuestra Señora del Carmen hagan ayuno de cuerpo y carne. Ese día crece la luna. Cuelen al río, ya entrada la oscuridá; y en el recodo de Miraflores, de rodillas récenle con devoción a san Isidro Labrador. La fe mueve montañas. Hagan el bien sin mirar a quien. Ojo por ojo y diente por diente. Asosieguensen, su vida va a cambiar cristianos. Lo que infiero, es que en estas aguas si vamos a comer elotes.

Los hombres salieron reconfortados de la casa. Ninguno probó el chocolate, sin embargo, la esperanza de mejores tiempos venideros ocupó su mente. Cumplieron a cabalidad con los temas tratados. Siguieron al pie de la letra las instrucciones. Tranquilos. Ni siquiera se inmutaron cuando un piquete de soldados llegó al pueblo, y en un ejercicio de prepotencia se llevaron en leva a un puñado de jóvenes, hijos de los inmigrantes que habían llegado recientemente al pueblo. Dieron por hecho que era parte del trabajo de Tébana. Llegado el día señalado, hicieron el ayuno y al pardear la tarde se encaminaron al río, se acomodaron en una gran roca que conformaba la desviación del cauce del río, justo en el recodo. Se arrodillaron y comenzaron a orar.

Las calles del pueblo se llenaron de curiosos cuando comenzó a tronar el cielo y aparecieron nubarrones oscuros, cargados de agua. Las primeras

gotas fueron recibidas con bendiciones de las mujeres. Arrebió la lluvia y la algarabía de los niños chapoteando en los charcos era la imagen de la felicidad. El cielo se iluminaba de vez en cuando, los relámpagos alumbraban los tejados. Truenos, centellas, y un rayo ensordecedor antecedieron a una tormenta que duró toda la noche.

Amaneció lloviendo. El sol, de fiesta, se asomaba curioso de vez en cuando por entre las nubes. En el templo, frente al altar de santa Ana se velaba a tres hombres del pueblo, la noche anterior habían sido alcanzados por un rayo en la ribera del río. Afuera, un torrencial aguacero era testigo de un vaticinio de buen temporal.

El maritatero

¡Ehhh Bendito sea mi Padre Dios! ¿pos qué me apretuja tanto, ni borniarme, ni boquiar palabra puedo, contimás bullirme. ¿Pos qué argüende train?

«¡Reine Jesús por siempre,

reine su corazón,

que en nuestra patria,

en nuestro suelo,

es de María la Nación!

¡Qué viva mi Cristo, qué viva mi Rey!

¡Qué impere doquiera triunfante su ley!

¡Qué impere doquiera triunfante su ley!

¡Viva Cristo Rey, Viva Cristo Rey!

¡Viva Cristo Rey!

¡Viva la Siempre Virgen Santísima María de Guadalupe!»

Croque se me pasaron las cucharadas, l'aguamiel que me empiné con la Colorada pue'que aiga tráido remedio pa' enhechizarme. Como que la sesera ta' suata. ¡Ay si me viera mi mama!, por andar de briago t'oy todo sarazo. ¿Pos a qué jiede?, ¿quién chilla y moquea tanto?, ¿qué tracatera tráin?

Madre del Perpeto Socorro, mientras sale el lucero y se me retira esta inquina quero pedirte por la señorita Jesusita la de don Amador Martín, tú conoces mi'alma,

y pos, ella tamién es hija tuya y yo le tengo voluntá; y pos, por eso ando en la Unión, pa' podela cuidar. Cuidala en sus apostolados, que no la vayan a embolar esos de la ACJM con el argüende que la necesita la causa, pa' esa grande renegación de desagravio por el martirio del joven Anacleto, ora que sean dos años allá en el Cuartel Colorao. Y si es tu Santísima voluntá que ella juere, cobíjala con tu manto pa' que los esbirros no la miren, asina como no la miraron cuando jue a la capital y la madre Conchita le dio el encargo de servir los manjares en ese restorán, el día que el mártir José León libró a la grey católica del demonio del tan mentao Manco.

Ora que si le tengo afetos y voluntá, y la quero pa' que me eche las gordas y críe la nigua, y pos... ¡alma mía!... no me queda di'otra que mascuzar el freno cuando con otras señoritas de la Brigada se las llevan dizque a cumplir apostolado, ¡quién sabe qué será eso! Dice Jesusita que no suelta prenda, quesque es secreto de confesión; y pos... cuando es menester que la causa me ocupa ya me platica sus apinsiones. Nomás tantitas, y es cuando agarro a la Matajari y a la María Conesa pa' ajuarialas de parque y tamién hecho la mocha llevale las medecinas p'al padre Vega, como antier; y asina pepenar de manos bendecidas su bendición. Manque luego luego se aprovisione con aguardiente sus polvitos de medecina, y carcajiándose me imponga su impoluta diestra en mi testa y me diga: “El Señor derrame sobre ti un bálsamo de paz, piedad y protección, que su luz corra por todo tu cuerpo como manantial de agua viva, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bútago maritatero, holgazán y pendenciero”

Y pos ha de jalar mi Jesusita manque el padre Vega diga que soy bútago, longanizo, vaquetón y verijón; y si no, ¡pos la vida me cuesta qué chiltiaos! Mi papa grande jue maritatero dende chiquininillo, dende que aquí en Nepaitlán tráiban en peso los mitotes al bolchevique de Antonio Rojas, quesque de día era liberal y al anochecer conservador, quesque a deshoras llegaba a las goteras del pueblo, a tratar con mi general Leonardo Márquez que t'aba acantonao aquí, mi papa grande tamién trabajó pa' la causa, era el correo de mi general Márquez, ¿pos cómo era justo que si mi Padre Dios nos ha dao todo juéramos a dejar que los masones nos quiten y ora nos cierran los templos? Mi papa grande don Crescencio Pérez se ganó sus coronas en el cielo porque maritatiando maritatiando le echó de jumazos a los papeles del impropio de Juárez. Pero pos, no tiene la culpa el indio sino el que lo hace compadre.

Mi papa don Pioquinto Pérez era herrero, pero le hacía a la maritatiada, ya t'aba mayor y cansao cuando el Barbas de Chivo, dizque comulgó una grande carta pa' toda la nación o'nde los díceres de la gente léida decían, que a toda la chiquinada los iban a mandar a chaleco a unas escuelas gobiernistas pa' hacerlos masones a todos; y que los padrecitos ya no nos mandaran y que la ley de Dios ya no iba a ser la ley ¡Ave María Purísima del santo refugio de pecadores! ¡Qué chirriones!, semejantes blasfemos que arderán en las llamas del infierno, pos si no hay más ley que la ley de mi Padre Eterno Redentor. Mi papa ái como podía tráiba y llevaba cartas que le daba el padre de Peguero don Toribio Gutiérrez pa' que

se las llevara a los señores curas del Valle, de Nepaitlán, de Zoplamejo, de Acatique, de Jalos y hasta el de Yagualica, también de seguro ya tenía sus coronas ganadas cuando Dios se acordó de él. Yo por mi pura voluntá ando de maritatero, ando buscando la vida, pa' hacer un capitalito. Y pos si mi Padre Eterno ya me puso en este camino, ¡pos también trabajo pa' la causa!, ¡quién dijo que los Pérez semos raza de correlones! No nos rindemos. Ni que juéramos chiclanes. ¡Ehh qué buenos tiempos en los que Dios era omnipotente y don Porfirio presidente!

¡Ah quién sabe qué traigo atorao en el costillar! T'oy tullido, tengo las patas tiesas, croque hasta sentidas. ¡Ánimas Benditas del Purgatorio ya quiero que albié! ya me está agarrando la debilidad, si de ésta escapo y no muero, no más boditas al cielo. No vuelvo a vecitar a la Colorada, contimás beber aguamiel en su jícara. Quesque no hay pulque acedo que no acabe en pedo. Ya nomás eso faltaba.

Pa' aguantar este quebranto y no discurrir en pesares se me revelan las faiciones de Jesusita, ¡tan bien parecida!, trigueñita como la Santísima Virgen de Guadalupe, ancha de lomo pa' cargar el metate y ancha de enanca pa' aguantar el petate. Con esas trenzotas que le cáin hasta las asentaderas, los ojos borraditos como los querubes, y pos la mera verdá le tengo ley. Y más ora que ya le mandé la razón de que ya t'oy en edá y ella también de tomar mano. Si ella me tiene voluntá, ya tengo lo dispuesto pa' las donas y apalabrao al padre Romito pa' que nos cásemos, sin padrinos, manque no nos festinen convite, ni boda con chocolate. Lo que

quero, es que ese mentao Demóstenes no ande replantigiándose con Jesusita como lo hace con todas las señoritas Hijas de María, quesque porque es su mentor, ¿mentor? ¡Qué jijo de un carrizo! D'esas pulgas nomás no brincan en mi petate. Lengón es lo qu'es ese arquitete.

Y es que ese endeviduo lo mandaron traír de muy lejos tierras, de on'de vive Su Santidá, quesque se apió de un buque de vapor como en el que destierraron a don Porfirio. Los de la Liga lo apoquinaron y lo largaron aquí en Nepaitlán, que dizque es el encargao de la Brigada esa que le dicen Santa Juana de Arco, y pos ahí están rete munchas señoritas trabajando pa' la causa. Y ese mero Demóstenes parece padrecito aposicionao del púlpito, declama los libros de Dios y dice que el Padre nos llama a los de esta tierra pa' defender la fe, la fe con las armas, y a las señoritas les dice puras lengonadas en sus asambleas secretas; y ya las lleva, ya las trái que no cabe, p'arriba y p'abajo, compresto en un lugar, compresto en otro. De plano lo traigo atravesao en el cogote, con su habladito media lengua, mostagón y rejalvido, las greñas de pelo de jilote, parece mona de borcelana, los cachetes como de señorita célibe, rositas, rositas, lampiño como si juera de la indiada y goliendo a curro como güelen los señores obispos, con sus pantalones y chaquetín de paño inglés, gorro y bordón afigurando a don Ferruco, muy faceto el modito de andar. Pero los padrecitos dicen que este mentao Demóstenes es un istrumento más del Señor pa' librarnos del mefisto de Calles, como ya nos libramos del Manco.

¡Preciosísima Sangre de Cristo, cuán peso siento en mi ánima! Yo columbro que es el peso de mis pecaos, esos pecaos que no le confesé al padre Vega, manque me aiga puesto la fusca en la de pensar, pero ¿pos cómo si era un grande secreto de uno más grande qu'él, el Obispo y mi general Gorostieta? El obispo me dio la bendición cuando me entriegó el encargo, y pos ya con eso gané mis coronas p'al cielo. Como si juera ayer se me representa cuando Jesusita me mandó un propio pa' que me diera la razón que la causa me ocupaba pa' una cosa muy grande y de grandes sacrificios si los esbirros de Amaro me apergollaban. Nomás era un papelito, chiquinillo, chiquinillo y que el Obispo ocupaba que mi General recibiera en propia mano.

Yo discurro que la Matajari y la María Conesa tamién entrarán al reino de los cielos cuando les llegue la pelona, mis dos burritas jueron conmigo a cumplir con tan grande misión, me juí maritatiando por los ranchos o'nde to'avía quedaron cristianos y maritatiaba géneros, peinetas, colcrin, chicles de Talpa, clavos de olor, canela, velas de cebo y otros avíos, y recibía blanquillos, gallinas, queso, mantequilla, almárcigos de chiles y costumates. Me juí por Los Cerritos y Mazatitlán pa' salir por La Manga pa' irme a Nido de Águilas, Los Yugos, ya en La Mesa de los Vega se me apatentó un curro pa' llevarme on'taba el obispo. Ya me llevó a Los Laureles, ¡una tempestá todo el camino!, estaba empantanao y ensoquitao hasta el capote, y los avíos que tráiban mis bestias ya aguachinaos aguachinaos. Por obras de Dios llegamos c'as de don

Luciano Ponce, y ya le dimos santo y seña. Salió el Obispo y allí mesmo merecí en la mesa con su Ilustrísima, y yo honrao porque me tuvo en gente y en la plática me preguntó mi gracia y mis generales pa' ver si no era mostrenco. Al cáir el sereno me entregó una cartita, un tapique de pinole, un jarro de miel, unos moloncos y la bendición pa' mí, pa'l papelito, y pa' mis bestias. Me alvirtió que nomás a mi general Gorostieta en propia mano entregara ese tan importante recaó, y que si me pepenaban los federales que me tragara ese mentao papelito.

Ya de Los Laureles me jui por el lao del Cerro de las Azoteas, la Matajari y la María Conesa iban que cáí que no cáí por la ladera del cerro. Les di vuelo a las gallinas que ya trayían el jundillo desflorio de puro calor subido pa' que se las chiltiaran los coyotes. Al pasar por la hacienda del Cerro unos rurales me amartillaron: "¡quién vive!" ya nomás de quijadas pa' juera le dije: "l'alicante quere su lechita" y me franquiaron el paso, ya allí en el toril bebieron agua mis bestias, se echaron un rato y yo me chupé unos d'hoja, y antes de que cantaran los gallos pelamos a cumplir el encargo, y aí vamos pasando los potreros, El Palo Dulce, La Tun'agria, El Mezquite y entre Magueyes y La Mina ya alto el sol que se mira una polvadera de los mil demonios, y pos entre que distingo y no, vide que venía un gentillalal de gobierno. Me temblaron las corvas al tentar la carta que tráiba en la bolsa de la pechera; y discurrí ponela en una cupinita de criadilla de toro o'nde

cargo mis buenos pesos, largué mi capital a la quiligua que tráiba la María Conesa y puse en la cupinita la carta y luego se la zambutí en el culo a la Matajari.

Los guachos me atrinchilaron, y ái me tenían culimpinao los endinos. Jedían como que a pinacate, como que a chivo, como que a tijerilla, como que a sobaco, quién sa' qué diantres. Ahh qué cristianos tan fieruscos, más feos que una pasmada de burro. Me esculcaron todito, nomás vieron que yo era un probe maritatero, se carranciaron mis siete pesos oro y se jambaron toda la tragadera que tráiba; ya nomás les serví de risión, me sorrajaron un culatazo por el lomo y me largaron. Pura indiada y arribeños eran, y croque agradistas tamién, todos tráiban botas federicas. Pero como dijo uno, dale botines a un indio y te dará una patada en el culo. Indios y agradistas, todos son uno. Librenos las Llagas de Cristo que se revuelva la sangre, ni saltapatrás ni coyote dejan buena raza.

Carcobiando carcobiando seguí mi camino, ya en Peguero me aguardaba un propio de mi general Gorostieta, agarramos camino pa' la hacienda de Mirandilla o'nde estaba acuartelao mi General, y con el cuerpo presente de su estado mayor le dije: “¡quién vive!” y me contestó: “¡el coronel Timoteo Pérez, el maritatero, siervo de Dios y de su causa!”. Agarré a la Matajari y le saqué la carta y en mano propia se la entriegué. Allí sí me agarró el sentimiento, ya me vía yo con mis bestias en los altares, contimás que mi General me tuvo en gente y me envitó a merecer en su mesa. Y es

que el que mucho mal padece con poco bien se consuela. Con tantos manjares ya se me afiguraba que asina era el cielo. Pero pos, yo nomás soy un buen cristiano, y no quero ser de los que, aunque beba en pocillo, no vuelve a beber en jarro. ¡Quién juera como mi general Gorostieta! Tan buen cristiano.

Ora que me acuerdo, ayer echando tantiadas, sopesaba de que ya que saliera la Cuaresma y con una buena suerte Jesusita ya sería mi mujer, ya nomás dos semanas más; y con la fecha de ayer 16 de marzo del año de gracia del 29 era menester darle la despedida a la Colorada, un pendienteito que tengo por ái, una güera medio pizcaluta pero muy entendida pa' eso de los quererres y pos... se nos fueron las horas bebiendo pulque tiernito, y bebiendo las mieles de la vida, ya de madrugada y a la chita callando pepené mi gabán y mi sombrero dejando a mi Colorada bien servidita. Agarré trecho por la calle Industria y casi al llegar o'nde viven las Gómez, un vigía que estaba trepao en la azotea me gritó desaforao: “¡quén vive!”, ¡alma mía, pos si naiden me había dao el santo y seña pa' este día! Me quedé súpito. Ya nomás oyí las trifulcas como patadas de mula en mi pecho. Ya todo quedó en un ser.

¡Ánimas Benditas del Purgatorio ya quero recordar!
¡Qué agonía Señor de la Misericordia!... Ultimora ya ni tengo reconcomia, y croque mis dolencias ni están tan juertes, ya nomás quero reposar, me está cuadrando pa' dormir como si ocupara descansar mi alma una eternidá.



Deodato

—¡Dichosos los ojos Doloritas!, ven pasa, que donde comen dos comen tres, ven a consumir en esta la mesa del Señor.

—¡Ay padre por vida suya, en caridad de Dios, corra a sontoliar a Remedios! – con la compunción dibujada en el rostro, Dolores se presentó ante el cura del pueblo, que en esos momentos tomaba su desayuno, y quien la escuchaba con indolencia. El padre Deodato había sido asignado pocos años antes a la feligresía de Comanja. Por disposición oficial, el número de sacerdotes para atender las necesidades espirituales de la congregación, se había reducido a uno en ese decanato. Ese uno era Deodato. No eran tiempos buenos para el clero; y menos en esa región de los Altos de Jalisco que había sido una zona minera próspera en tiempos de la Colonia. Llamada Real de Minas de Comanja de Corona, de una de sus minas, la del Horcón, se extrajo suficiente oro para la corona española. Los tiempos de abundancia ya habían sido, se acabaron los minerales para extraer. Luego, las políticas agrarias al terminar la Revolución darían al traste con esas generosas tierras al promover para convertirlas en ejidos.

Seguía vigente en la región, aunque no oficialmente, el conflicto Iglesia/Estado. Hacía seis

años que se había firmado el armisticio, los remanentes de la lucha se hacían sentir aún en la comarca, donde bandas de forajidos unas veces, y otras, contingentes de soldados, solían asolar a los pueblos; y Comanja no había sido la excepción. La migración, la epidemia de viruela, la sequía, pero, sobre todo, la cuota de vidas que había cobrado la contienda cristera hacía del lugar un pueblo desolado. Mujeres, viejos y menores lo habitaban. Pocos hombres, pocos brazos, poco progreso. El presbítero trataba de cumplir su ministerio con una caridad que estaba muy lejos de sentir por sus feligreses; más aún con personas como Dolores y su hermana menor Remedios, huérfanas, y a punto de consumir el estrecho peculio heredado — yo creo que se le redamó la bilis padre, está postrada y nomás no da espeta. Está todita atiriciada, lacia, lacia.

—Hija de Dios, serénate, pareces alma en pena, anda come algo. Las penas con pan son buenas; en este pueblo el día que no hay muertos hay casamientos, y de todos hacen argüende. No ha de llegar la sangre al río. Cuéntame que le pasó a Remedios. Ayer estaba buenisana con las cófrades de Nuestra Señora del Carmen —contestó el párroco tratando de parecer ecuánime. Unas horas antes, él mismo había tenido un desencuentro con Remedios, lo que le había ocasionado pasar una mala noche. De esas malas noches en las que lujuria, templanza y abstinencia eran partes de un mismo nudo. Uno de los siete pecados capitales había dado por acecharlo desde que reparó en la turgencia de

los senos de la muchacha; y en desagravio a ese su pecado, se disciplinaba con un cilicio de siete correas de piel de cordero en cuya punta moraba un minúsculo perdigón de acero. Tomó un pedazo de pan, lo remojó en un almibarado tazón de chocolate tibio para luego llevarlo a la boca, y con un ademán paternalista, sugirió a su interlocutora que prosiguiera.

—No puedo pasar bocado padre, mire aquí, aquí como que se me estraguñe en el cogote, no consiento que mi hermana falte sin confesión. Yo columbro que trái el chamuco colgado, y la quiere hacer caer en la condenación eterna. Afigúrese que se quiere tusar, y baila como churumbela. Que dizque swing, que dizque charleston, sabe Dios qué desfiguros. Ya hasta quiere largar el luto. Qué dirán en el pueblo, el muerto a la sepultura y el vivo a la travesura, que no le pudo su madre. Nomás pondere padre, en vez de arranarse a hacer costura, ya le dio por agarrar un librillo que no deja de ver todas las tardes y, no, no crea que es cosa buena, porque se ensurruna a leer. Y ni por Dios ni por su santo dice dónde lo consiguió, ¿y qué tal y sea de los anarquistas que se apatentaron en Lagos? ¡Sabe qué zetas va agarrar Remedios! Por eso yo creo que es menester la reconciliación — la ansiedad hacía presa de Dolores. A punto del paroxismo y temiendo faltar al respeto al cura, trató de guardar compostura. Un vacío amargo en el estómago le recordó que era hora de tomar su copita de láudano para iniciar la vigilia de Pentecostés. La pasividad de Deodato abonaba a su desasosiego.

—El que por otro pide por sí aboga hija, agua que no has de beber déjala correr. Ya lo dice el Evangelio, con la vara que midas serás medida. Remedios es muy buena cristiana; y tú hija mía, como la mayor tienes que ser más hermanable. Acuérdate que en la viña del Señor lo que siembras cosechas; y no le hagas al redentor porque saldrás crucificada — la débil convicción con que el párroco decía las sentencias, no pasó desapercibida para ninguno de los dos. Ambos entraron en una especie de laberinto mental en el que cada vez, e individualmente se adentraron. Remedios con rispidez, Deodato engullendo; los dos fingiendo.

— Pos usted no está pa' saberlo, ni yo pa' contarlo, pero usted sabe que yo y mi hermana somos solas íngrimas como olote, solas y nuestra'lma. Pos ándele que Remedios no se le puso voltear a ver que Domingo el de tía Petra le hacía el aija. Primos carnales, primos de sangre, ¿cómo la ve?, y le valió morisqueta padre. Y ora que no hay dispensas del Santo Padre. No le valió ni el Alabado Viejo, se montó en su macho y le dio el sí señor en la mano, y ái tiene que ora no halla la puerta y la puerta abierta. Pero ya se'horcaba, ora a su perro le da palos, en el castigo hallará la penitencia. Si ya me la maliciaba, si dos para quererse tienen qué parecerse, y este par de aretes ái andaban de lucidos, a risa y risa y a baile y baile y dándole a la manivela de la vitrola, valsiano, nomás valsiano; por vísperas se sacan días padre —se santiguaba compulsivamente ante un gobelino que representaba la Última Cena y que cubría

una de las paredes del comedor. Magra en carnes y pródiga en arrugas, los años y los ayunos habían hecho estragos en Dolores que esa mañana paseaba con nerviosismo sus entecas piernas alrededor de la mesa, mientras, el vicario seguía comiendo con parsimonia.

—Por Dios mujer, qué cosas dices, no se te entiende nada, no levantes falsos. A ver, Domingo es un cristiano que tiene temor de Dios, y tu hermana tiene el alma inmaculada. Aunque, yo no meto la mano al fuego por ninguna oveja de mi rebaño. Entre santa y santo, pared de calicanto. Dicen que entre primos hay primores, pero, ¿qué te hace pensar que tu hermana está *in articulo mortis*? — intempestivamente dejó de comer, con desdén arrojó a un lado la servilleta de lino que tenía sujeta al cuello de la sotana, al mismo tiempo, hizo sonar una campanilla para que el sacristán recogiera el servicio. Se puso de pie. La frente de Deodato comenzó a perlarse y sus mejillas tomaron un color escarlata, pasó el pañuelo por cara, cuello y tonsura. Dio un corto paseo hasta donde estaban aguamanil y palangana donde un monaguillo le ayudó a asearse. Acto seguido, se acomodó el alzacuello. Respiró profundo. Puso un palillo entre sus dientes. Luego, llevó las manos hasta posarse sobre el abultado vientre, y entrelazando los frágiles dedos quedó en posición contemplativa ante Dolores a quien, en un ademán de reverencia, invitaba a seguir el diálogo.

—Figúrese padre que desde anoche con la azorada que el vaquetón de Domingo le dio, pos, nomás se la pasa basca y basca y deposiciones cada rato, de un hilo, de un hilo y no se le corta. Le di tortilla fría pa' que le recogiera la bilis y una agüita de masto con sus tres clavos de olor, y nada; y p'acabarla, ora amaneció como en un ser. ¡Pos cómo no! Ora su ánima carga los pecados mortales del difuntito del Juido que faltó sin confesión. ¡Ay Señor del Santo Sepulcro!, pos qué le vamos a hacer. Yo por mí y el cura que se haga su sepultura, y dicen que era indino, y mire, muerto el perro se acabó la rabia; y pos dicen que ya la buscaba, ora sí que el que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe. Pero, ¡búigale padre, no vaya a ser que mi pobre hermana no alcance el último sacramento! — Dolores se levantó de la mesa y urgiendo al sacerdote, emprendieron el trayecto que separaba la casa parroquial con la vivienda de las hermanas que distaba tres cuabras.

— A ver, no revuelvas Corpus con Semana Santa, ¿qué tienen que ver Remeditos, Domingo y el cristiano que mataron anoche? — inquirió Deodato mientras caminaban por las polvorientas calles.

— De oídas padre, de oídas, porque usted sabe que a mí no me gustan los mitotes. Me dijo Remedios que ayer en la tarde Domingo y el Juido comenzaron a tragar vino allí en *el Atorón*. Ya encandilados, se hicieron de razones y llegaron a los dimes y diretes, quesque se decían muchas vigas y malos entenderes, ¡vaya usted a saber qué se bullía en sus cabezas! El caso es que ya

bien atascados, hasta llegaron a los moquetes; y ya hubo que otros cristianos los separaran. El muchacho de tía Petra se fue a noviar con Remedios allí a la ventana de la casa, que es la casa de usted también padre, y pa' no hacérsela larga, hasta allí llegó el Juido todavía briago. Comenzó a chuliar a Remedios y eso calentó a Domingo y dizque el difunto le gritó “¡ora sí traigo con qué quererte” y que desenfundó su fierro, pero Domingo le madrugó y sacó la fusca, y aquí mismo lo remató — señalaba Dolores un punto exacto justo en el exterior de la casa.

—Hija, la pena te está haciendo ver lo que no es, el difunto que dices lo hallaron en su establo. Oyes cantar el gallo y no sabes ni dónde.

—No padre, que se condene mi alma si le echo mentiras. Mi hermana vio todo, y dice que Domingo ya que vio lo que hizo levantó el cuerpo y se lo echó al lomo, y que nomás dijo “sea por Dios y uno más”. Yo misma restregué la sangre con escobeta porque Remedios estaba súpita súpita. Y del difunto y el matador, ¡andavete!, ojos que los vieron ir; y hasta el sol de ora.

Entraron en silencio a la casa, el cancel del zaguán representaba la primera garita, recorrieron el corredor que, con sus maceteros a modo de góndolas, daban un marco colorido a la vetusta construcción. Con calma el cura se calzó la estola y con el lienzo consagrado tomó el envase que contenía el óleo de enfermos. Un aroma de jazmín inundaba el ambiente y el trinar de los pájaros cautivos sonaba como si las rejas herrumbradas de sus

jaulas fuesen invisibles. Deodato entró al cuarto de la moribunda; y lo que encontró sobre la cama hizo que cayera de rodillas.

Acomodados sobre una pulcra sobrecama tejida y en mullida almohada perfumada, estaban: la cabellera mutilada de Remedios, el escapulario café de las carmelitas; y una carta para Dolores.

Clavos de olor

¡Ay Dios de mi alma qué pesar! Bien dicen que las desgracias nunca llegan solas. Pobres criaturas. Quedar huérfanas en cinco meses. Apenas faltó Timotellita y mira nomás. Dicen que mataron a Ramón. Por allá por el lado de Guadalajara. Si cuando Dios da, da a manos llenas no cabe duda. Cinco criaturas. Y la que dejó tiernita, de horas de nacida, ¡ay bendito sea Dios! Esa mujer se fue derecho al cielo, murió pariendo. De muerte de cama. Cuajarones y cuajarones y se vació todita. Por ahí los malditos dicen que sogá que se revienta y mujer que muere de parto, ni quien las sienta. Pero no, no creas tú, Timotellita si fue sentida y bien mucho. Es que son de familias acomodadas. Dice el dicho que pa' muerto rico, alabastro y gregorianas, y no, yo no miré currencias en su velorio. Eso sí, mucha copetona y gente de dinero. Mantos de yoryé y medias de seda de raya traían las cristianas en el velorio. Pero mira, ¿de qué les sirve a los huérfanos el capital sin su madre y ahora sin el padre? Dijeron que ya iban a traer el cuerpo, que como es matado lo tienen en la comandancia de Guadalajara. A ver si no se les enqueresa, que según les ponen formol.

Hace rato andaba en el mercado, fui con Meregildo a comprar cajeta. Y que oigo un samborote

en la plaza. Me di la recia a llegar al cuadro a ver qué argüende era. Andaban unos vocingleros vendiendo el pasquín que daba cuenta de la muerte de Ramón. Verás tú, llegó primero el mitote que el cuerpo. No tarda y en los portales está la hija de Pioquinto Moya cantando las mañanas de Ramón. Dicen que el que hierro mata a hierro muere. Inocente de Ramón, no debía muertes, anantes, al contrario, siempre andaba metiendo paz. El señor cura Reinoso ya mandó tocar dobles. ¡Y cómo caranchos no! Si el difunto no era cualquier bulto. Verás tú, si le hizo el gusto a la Inmaculada de cambiarle su puerta toda podrida, la que habían quemado los sardos, ¿te acuerdas?, quince años duró rechinando hasta que Ramón hizo la caridad de mandar poner una toda garigoliada, que dicen que la mandó traer de León. Ve tú a saber. No si con eso, ya tiene ganado el cielo. Al cabo, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Que dizque fue a comprar una hacienda por allá por Santa Ana de los Negros, ¿pero pa' qué?, digo yo, si ya tenía un terregal y cabezas de ganado a Dios dar. Y un chapil de medieros. Verás tú. Ya tenía la hacienda del Cerro de Las Azoteas, y apenititas se había hecho de unas tierras por ahí pa'l Puente de Calderón. P'a qué tanta angurria digo yo. La ambición siempre rasga el costal. Y pos sí, aquí en confianza, sí, sí me hizo el aija luego de quedar viudo, pero no, viudos ni asados ni crudos. ¿Qué jáis? Ora sí que el dolor de viudo es agudo, pero muy corto. Yo no soy plato de segunda mesa, ni en esta

vida ni en la otra. Mejor sola como olote. Pero ya, el difunto Ramón ya está juzgado de Dios. En la plaza traen el borrego en grandes, unos dicen que Ramón siempre cargaba arma, una Mauser según los díceres de las gentes. Alegatas y alegatas de unos y otros, traen en peso lo del matado y los matadores. Poderoso caballero es don Dinero. Si hubiera sido un jodido ni en el mundo lo hacen. Dicen que ya estaba echada la tratada, que dizque iba a pagar las tierras, que llevaba dos costalitos con los centavos. Se hizo de dos de sus trabajadores y de su compadre Pablo de Alba. Verás tú como se saben los mitotes. Y a quién andan embarrando pues. Ya se oye borlote, quien quite y ya compareció en los portales Pachita Moya, pego carrera, a ver si alcanzo a comprar la hojita con las mañanas, ora les dicen corridos. Ve tú. Esas las hacen en Acatic y luego don Moya o la hija las cantan de donde son los matados.

*«Vengan todos mis amigos
prontito sin dilación
que voy a hacer un recuerdo
de la muerte de Ramón*

*Salió Ramón de su casa
pensando en que iba a volver
pero no se imaginaba
lo que le iba a suceder*

*El eterno desde el cielo
así lo determinó
que terminara su vida
pero el Señor lo salvó*

*Hacienda de Llanos Grandes
era la que iba a comprar
el mayordomo del rancho
era el que lo iba a entregar*

*Donaciano se llamaba
traía su mala intención
puso de acuerdo a la gente
para matar a Ramón*

*Su dinero que llevaba
fue la muerte de Ramón
con balas de máuser corto
le hirieron el corazón*

*Pablo de Alba también
iba acompañando a Ramón
también fue herido en un brazo
allí en aquella ocasión*

*Juan Rodríguez al momento
corrió sin más dilación
para sacarlos del punto
fue a traer federación*

*Adiós todos mis amigos
esto si se puede creer
se quedaron en el mudo
a sufrir y a padecer*

*Don Magdaleno González
luego al momento corrió
y entre los cañaverales
la polvadera dejó*

*En Santa Ana fue su muerte
como todos los sabrán
pero sus restos quedaron
en este Tepatitlán*

*Ahí les va la despedida
les vengo a decir adiós
aquí se acaban los versos
de Ramón Gómez Muñoz.»*

Triste, triste, el velorio de Ramón, sus criaturas rodiando el cajón. El mayor de doce años. Abrazaba nomás a sus hermanitos, y apretaba a una chiquilla ojona que traía en los brazos. No lloraba el muchachito, yo pienso que ya no le quedaban lágrimas después de la muerte de su madre. Al cuerpo lo tenían en el corredor de su casa. Debajo de la caja pusieron una cruz de cal y junto a las patas de los cirios unas cazuelitas de barro con rebanadas de cebolla, para recoger el cáncer dizque.

Y clavos de olor por aquí, y clavos de olor por allá, en toda la casa clavos de olor, dijo una monjita hermana de la difunta Timotellita que los clavos de olor eran por el martirio del finado. Creerás tú. A la mera y son abusiones. Olía feo sí, pondera tú. Tres días para que el gobierno de Guadalajara libertara el cuerpo. Que porqué era matado, dime nomás qué trazas les alcanzan.

El muerto y el arrimado a los tres días apestan. Y sí, tres días de muerto Ramón, y la casa prenetada. Huele de noche, y yerbabuena, y hortensias moradas; y nada. No destaparon el cajón, no dejaron que nadie lo mirara, dicen que no se conocían sus faicciones. Que lo dejaron como santocristo. Ve tú a saber. Si ya era prietito, dicen que lo matados se ponen moros. Ayer se acabó el novenario. Verás tú. Qué desconsuelo, a Ramón no lo sepultaron en la gaveta de Timotellita porque tenía cinco meses de sepultada. Dichosos ellos que ya están en el cielo. Uno se queda a sufrir. Ya no van padecer la guerra, no salíamos de una cuando ya nos enjalmaron otra. Dijieron en el radio, que el Presidente ya le declaró la guerra a un mentado Eje, que según es el mismo demonio en persona. Verás tú. Dicen que ese indino Eje hundió dos barcos, grandes grandes, y que se robó todos los botes de petróleo que cargaban. El señor cura Reinoso dice que ofrezcamos ramilletes espirituales para que se acabe esa guerra, que es en todo el mundo. Dicen, diremos.

En la misa de cuerpo presente de Ramón dijo el señor cura que recemos por la gente de la hacienda de

Llanos Grandes. Pos yo no, aunque se condene mi alma. Aunque digan que el que por otro pide por sí aboga. A mí sí me pudo la muerte de Ramón. Esos indios negros de Santa Ana son mi pluma de vomitar. Y si no pedir por ellos estorba a mi salvación, ya estaría de Dios que me condenara. Ingratos, ingratos de los matadores, dicen que esa mentada Santa Ana es una rialada de puro indio agrarista. Que hasta las indias agarraron a golpes a Ramón. Verás tú. Dicen que Pablo de Alba y Juan Rodríguez se libertaron ya todos aporriados y pelaron gallo. Ramón no podía caminar, lo desplantaron los judíos agraristas; y ya Madaleno lo escondió entre el cañerío, todavía estaba vivo. En la carta que les dio el médico de Guadalajara, decía que le dieron por la espalda, nomás un tiro, pero derecho al corazón. ¡Qué vida le quedaba al pobre!

Por ahí anda Madaleno, ancho como una verdolaga, ya largó el pantalón de pechera, ora es de casimir, tú me dispenses. Anda tú, de cuándo acá. El hábito no hace al monje. Y aunque la mona se vista de seda mona se queda; Madaleno en vez de mona parece mono, pero de hoja. Le compró al Pinolillo el carro de sitio y dicen que ya es prestador. Sí, como el licenciado Vallejo, que ya presta a premio. Ahí se anda revolviendo con los ricos. Pero pos yo digo que el que nace pa' centavo, aunque se junte con pesos; y el que ha de ser jarro, no pasa de la tinajera. Verás tú.

Una pura y dos con sal

I

“El que se casa es cabrón, el que se muere es difunto; y que es pobre es todo junto, pobre, cabrón y difunto”, eso me dijo mi padre y yo muy valiente eché su refrán en costal agujerado, no cabe duda que no hay más valor que el de un tonto. A confianza de pariente te doy el consejo, no le busques chiches a las culebras, hazle caso tú a tu padre. No te cases, deja que se enfríe la calentura, no dejes Camino Real por andar una vereda. El que juega con lumbre se chamusca. No, no me mandó mi tío ni nadie, faltaba más, yo a ti, como mi primo que eres te tengo estima; y nomás como consejo: como te ves me vi, y como me veo te verás, así que ái vele tanteando el agua a los camotes. Está bien que quieras tener tu chiquero aparte. Pero hombre, hazte al lado de la cerca. No todo lo que brilla es oro. Yo no me aparto de la razón que quieras tener mujer, ya estás en edad. Pero malíciala. Esa polla ya es gallina. Y lo que sí te aseguro que el que de muchacho es guaje, de viejo no hay quien lo ataje. Vete en mi espejo. No hice caso de consejos. Si te digo del camino es porque ya lo tengo andado, lo que si te digo es que no hay caldo que no se enfríe, ni pasión que no se apague. ¿Qué te importa un pito, y el pito te costó un centavo, y el centavo te lo hallaste tirado? ¿Y qué

si soy longanizo? Esa es la chiltiadera, que no quisiera que ninguno más de mi raza acabe como yo; sin familia, sin capital y emasculado. Pero mañana aquí nos vemos, ora no ando en mi juicio, al menos es lo que tu piensas, y piensas bien ahí donde la ves. Sirve de que mañana me das las nuevas de esa enfermedad del ganado que tanto andan diciendo.

II

Como quedamos ayer, aquí estoy presente. Sí, sí, ya sé que toda mula descarriada vuelve siempre al bebedero, y no, no vine por hambre, esa anda siempre conmigo. Ya sé que soy un pendejo, no necesitas repetírmelo, si lo pendejo doliera todos estaríamos en un grito. Eso de que estudié para Papa y salí camote no me raspa, y que no aguanté ni el postulando. Todos me lo echan en cara, que preferí el perdulario al seminario. De hombres necios están llenos los infiernos. Puedes llenarte la boca diciéndome lo poco que valgo, y te doy las gracias, porque dando gracias por agravios, negocian lo hombres sabios. ¡Por eso mismo! Ya sé que estás apurado por la manga de langostas que arrasó la milpa, así se llaman, langostas, aunque aquí les decimos saltamontes. No, no estoy lampareado, el nombre correcto es manga. Una desgracia nunca llega sola, las cañitas que quedaron en pie ya se torcieron toditas, las chamuscó el sol, ni brizna de elotes vamos a ver este año. Ya pasó también en un mes de julio, pero de hace un año, no sé si te acuerdas. No, no es castigo de Dios, tampoco es ninguna de las plagas de Egipto como lo dice tu

madre, esa pobre madre tuya, siempre trepada a la cruz del martirio. Esta calamidad no viene sola, y tampoco nada más a ti te pasó. No es nomás aquí, en todo los Altos de Jalisco se acabaron la milpa. Va a ser un año seco, eso sí te digo. Mediados de julio y con la canícula en ancas, veranita seguro.

Pero bueno. Volviendo al asunto que vengo a tratar. Ahora sí que me vas a dispensar, voy a guardar por un rato el respeto que como prójimo mereces y voy a hablarte de hombre a hombre, porque por lo que veo, a ti la decencia y los buenos modos se te agrian al primer hervor. Pues ahí voy con mi hacha. A ver si a lavadas tupe o quedan las puras tirlangas. ¿Te sorprende que parezca cuerdo? Lo estoy, nada más que a veces hay que parecer loco para poder tragar a puños. No te voy a aburrir contándote de mi vida, de sobra la conoces, de que he sido un pendejo he sido un pendejo, y hasta la pared de enfrente. Ahora se trata de ti, y pues yo te entiendo, y bien; porque estuve en la misma chingadera. Yo también me empeloté a lo bruto. Y no te culpo, aquí no hay mucho de donde escoger, y el que en un corral vive de una mierda se enamora. Igual yo, ái anduve como los mayates, a zaz y zaz hasta caer en la peor mierda. Por ái dicen que comprar un carro viejo y hallarse un culo a la medida, son del hombre la vida perdida. Eso del carro no lo discuto, pero la medida, uno la llena. Y coge igual una puta que una santa, según como las enseñes, igual se mueven las viejas. Debajo de la manta lo mismo es prieta que blanca. La mujer la

debe uno tener bien comida, bien vestida y bien cogida, ¡pero chintrolas!, de menos búscate una decente. Y lo taralaila es de familia, y lo sabes; cuzca la madre, cuzca la hija y cuzca la manta que las cobija. Esa prenda está más esculcada que una mata de jaltomates, está más corrida que una vaca y es más puta que una gallina.

III

¿Qué si vengo por otra chinga? Si cada golpe que me atizaste ayer te hace abrir las entendederas, vienen, los aparo. Al fin que ya estoy acostumbrado, si no tú, cualquiera me ningunea y me arrima carajazos, a eso he llegado, a ser la burla de todos. Y con justa razón, ¿quién en su sano juicio quisiera tenerme cerca? Vine porque no te tengo miedo; y porque te has vuelto ojo de hormiga y te andan procurando desde ayer, ¿Qué si no me duelen los tiznadazos? Pos si no soy de palo. Me zampaste uno entre ceja, oreja y hocico, me diste en la pura muela picada, mira, aquí, aquí merito, ya me puse un clavo de olor, dicen que eso es bueno p'al dolor de muelas. Ora, que si te interesa quién te anda buscando, debía interesarte, y te la voy a soltar: te vinieron a buscar dos de los peones, los mandó tu caporal, que venían a avisarte que llegó al rancho una brigada del gobierno, los de erradicación de la fiebre aftosa, que traían su rifle sanitario, y que revisaron unas cuantas vaquillas y decidieron sacrificar a todas las cabezas de ganado. Déjate de eso, también se chingaron a todos los puercos, los borregos y las chivas. Les dieron a todos su chicharrón. Que según eso todos estaban infestados.

Y ora tienen que enterrar a todo el animalal para que no se riegue más la enfermedad. Tu padre enfermo, tus hermanos en el Norte, y tú perdido. ¿A quién le avisaban?

Traían un recibo con tu nombre y la fecha, 29 de julio de 1948. Que tienes que firmar de conformidad, así que atízale antes de que se engusanen los animales, que dizque ya están llenándose de queresas. Ya de lo otro, pos, ya estás talludito pa' saber qué haces con tus verijas. El que por su gusto es buey hasta la coyunda lambe. Estoy sobrio, ni ando a medios chiles, ni me siento gallito, nomás te digo que cuando tú vas yo ya vengo; a cabrón, cabrón y medio. Lo que pasa es que yo sí tengo los tanates en su lugar para hacerte ver las cagadas que haces. Y no me hace el bagre, sino la boca que abre, allá tú si sigues cagando el pial. Ándale pues, atáscate ora que hay lodo, éntrale a Torreón bailando. Nomás no te digas engañado cuando recibas caradas. Échale cacumen, la pasión te va a durar lo que un pedo en una mano... y si es cuzca, serás uno más de su bueyada. Mira, amor de puta y pus en la llaga, compresto encienden se apagan. No seas zoquete, vieja que traga tierra hasta a los adobes le entra. No te atarugues vale. Que no te unzan. Sí, en tu hocico puedo ser lo que tu mandes y gustes. Y tú en el mío eres un pendejo. Y darle consejos a un pendejo es como tragar frijoles acedos, creer en amores de lejos o apagar la lumbre a pedos...

IV

Pero hombre, ¿qué pucheros son esos? Si el tracateado fui yo, si me dejaste como Wolf Rubinsky dejó a Pepe

el Toro. Ya me endilgaste dos al hilo. Quien quite y no fueron tres. Y no me hace el mal de m'hija sino la empicazón que le queda. Lo bueno que he dormido muy agustito. Háblame más recio que no te oigo. ¿Qué?, ¿a dónde te vas?, raro, raro, que te estés despidiendo de mí después de que me medio mataste. Mejor, mejor que te largues un tiempo, dicen que de los parientes y el sol, entre más retirado mejor. ¿Y pa' qué chillas?, no que tan girito. Ah mondao este, ya ni la burla perdonas, yo no sé para qué te santiguas en mis jetas. ¡Ey! No me tapes la cara, ¡eita!, esto está más oscuro que las barbas de Rasputín. Te estoy hablando y te importa una pura y dos con sal. Cábula que eres. Pues ái mientras se te baja la rata, yo aprovecho y me echo un coyotito.

La Playa

Era miércoles, y como todos los miércoles en el pueblo circulaba por las calles empedradas la camioneta Ford modelo 1948, llevando sobre su capacete una bocina desde donde la voz de Cuco anunciaba con estruendo «...el Cine Alteño presenta, tres formidables películas, “El mil amores”, “La mujer que yo perdí” y “Dos tipos de cuidado”, con el malogrado primer actor y cantante, e ídolo del pueblo Pedro Infante. Venga con toda su familia a disfrutar desde la comodidad de la pantalla...». Era política comercial de la empresa de entretenimiento ofrecer ese día de la semana su función a mitad de precio, razón por la cual la sala era concurrida en su mayoría por personas de bajos recursos. Era Semana Santa, y aunque los habitantes de Tepatitlán eran fieles observantes de los preceptos religiosos, el dueño del cine optó por capitalizar un evento que conmovió a México entero desde dos días atrás. El cartel publicitario del Cine Alteño tenía la fecha del miércoles 17 de abril de 1957.

En otro escenario, en la parte baja de la ciudad, a unas cuadras de donde circulaba la unidad de sonido, un grupo de mujeres se preparaba a regañadientes a pasar la revisión sanitaria, que,

cuatrimestralmente les hacía el órgano de salud estatal encargado de revisar los giros como en el que estaban confinadas. Los inspectores, médico y enfermeras ya estaban en la presidencia municipal, lugar donde serían revisadas, y distante dos cuabras del sitio. No había consenso ante las órdenes de su líder la Coronela, mucho menos a las súplicas de doña Elia. La rebelión era inminente, dos motivos, a cuál más de poderosos abanderaban la insurrección: el hartazgo de su esclavitud; y el dolor por la pérdida del amor platónico de todas y cada una de ellas. Una voz atronadora hizo que reinara el silencio.

—¡Tíbiense re' carbonas! ¡Espúlguese y dejen los remilgos y pujidos pa' cuando yo me muera!— dijo fuera de sí Rodolfo— vengo de la presidencia y esos de Salubridá me las cobraron como si fueran señoritas, ¡muévanse, que no están las moras pa' tafetanes!, ¡búiganle, caminando y miando pa' no hacer abujero!! — las ocho mujeres obedecieron al acto, y se encaminaron calle arriba hasta llegar a las instalaciones de la presidencia municipal, donde serían revisadas por el médico de la brigada sanitaria que el estado de Jalisco había creado para tratar de contener las enfermedades infecto contagiosas de transmisión sexual, y que en los últimos años habían azotado al estado. Las edades de las auscultadas fluctuaban entre dieciséis a cuarenta y dos años. En el espacio en el que se requería anotar el nombre de ocupación, “hetaira” era la palabra como oficio de cada una.

Después de pasar la revisión que a decir de las mujeres era del todo desagradable, decían sentir que era violentado su derecho a decidir quién o porqué su cuerpo era tocado, el manoseo grosero fuera de toda ética de las enfermeras, y las faltas de respeto de los curiosos que se permitía que estuvieran presentes durante el examen médico eran parte de su querrela. Estaban acostumbradas a ser vejadas, menospreciadas y señaladas en el pueblo, ese pueblo que tenía más de setenta años que había sido declarado como ciudad, seguía siendo eso, pueblo, con gente más preocupada por los pecados ajenos que por los propios; así que las llamadas “juliángaras”, o “taralailas”, o “las de abajo”, ese día decidieron caminar rumbo al mercado bajo la mirada escrutadora y reprobatoria de quienes les habían adjudicado esos mote. Para una sociedad conservadora, puritana y supersticiosa como la de esa localidad, la presencia de las prostitutas por su calle principal era de mal agüero, pues aunado a la muerte en un accidente aéreo de Pedro Infante dos días antes, y un inesperado movimiento telúrico que se dejó sentir el día anterior, era, en la mente colectiva, un castigo divino, avizoraban un posible holocausto por ser Semana Mayor.

—Ora el vale Cuco no me mandó tíquetos ni de gayola, contimás de luneta, ora que venga a servirse, aunque les enseñe su taco no le hagan su carambola — fue el principio del discurso con que Rodolfo Vargas recibió a las mujeres que como todos los miércoles eran

asiduas asistentes a la función cinematográfica del Cine Alteño. El mensaje del dueño y manejador de “La Playa” dejaron a las prostitutas que él mismo regenteaba instaladas en una tristeza profunda.

—Aunque sea déjenos ir a nosotros al cine don Vargas. Yo y la Piquito de Oro envitamos a la Naila y doña Elia que se lo dispare a la Ñenga y las demás — argumentaba la Coronela con cierta timidez.

—¡Ora sí que me creció!, pos no se mandan solas, si quieren llorarle a su difunto ya harán un campito, ustedes no me van solas ni a óir misa, contimás que anda mucho pachuco en el pueblo, ya soltaron el borrego quesque de aquí no salen cofrados, ni dejan su sangre regada, ¡ajuariense que ora también hay fandango! Y ái les encargo que le pongan su veladora a san Martín Caballero pa' que siga bendiciendo el negocio, ¡hay qué hacer lodo ora que cái con qué! — contestó Rodolfo arengando a las mujeres mientras le ordenaba a la Ñenga que les sirviera una dosis de un reconstituyente vitamínico a base de jugo de uva, y en un tono conciliador concluyó — cuando la muerte se inclina a llevarse a los mortales no valen cirios pascuales, ni fórmulas artificiales, ni caldos de gallina con todos sus materiales.

Hacía una hora que Rodolfo había recibido el informe preliminar sobre la revisión sanitaria de la que habían sido objeto “sus coimas” como él las llamaba. En

los últimos diez años entre las meretrices de ese prostíbulo no se había presentado ni un solo caso de contagio venéreo, o de embarazo alguno. En su extrema ignorancia atribuía ese milagro a la protección del santo, cuya imagen bordeada de pequeños focos de colores descansaba sobre una repisa en la que, veladoras, monedas, flores artificiales y un frasco con esencia aromática líquida competían por el espacio, todo reposando sobre una carpeta de hilo de algodón, tejida por la esposa de Vargas; y debajo de esa repisa una modernísima rockola en la que por una ranura se depositaba una moneda de veinte centavos y dejaba escuchar sonoramente la melodía de preferencia.

— Sobre el muerto las coronas, vamos a darnos un quien vive con la vitrola, ora anda un tapique de rancheros y pachucos en el pueblo, y de seguro tráin ganas de balsiar con cristianas bien asestiditas, y no garras como las que tienen en su casa — pronunció Rodolfo antes de dejar el recinto para dirigirse a la parroquia del pueblo a cumplir con el precepto cuaresmal de asistir junto con su esposa e hijos al oficio de Miércoles Santo. Las mujeres, y Rubén el cantinero, iniciaron las labores de limpieza del lugar que comenzaría a recibir parroquianos a partir de las seis de la tarde, y terminaría hasta muy entrada la madrugada. Reinaba el malestar y la tristeza entre las mujeres, no así en el cantinero que desde hacía tres meses laboraba en

el lugar más apetecible para un alcoholíco; y éste veía la muerte del ícono nacional como una oportunidad que le dio el destino de deshacerse de un rival imaginario.

—¡Ayyy trompudas, si me muero quiéén las besa!, el muerto a la sepoltura y el vivo a la travesura— expresó en tono de burla Rubén, acto seguido, comenzó a silbar los acordes de *Amorcito corazón*. El cantinero se dio a la tarea de preparar las botanas mientras algunas cervezas pasaban por su garganta. A las cinco en punto las instalaciones de “La Playa” estuvieron en condiciones de recibir a sus visitantes.

Además de la rockola y el improvisado altar a san Martín Caballero el resto del mobiliario del salón lo componía una barra que en su mejor momento pudo ser del color de la caoba, y sobre su gastada superficie, botellas de licor, despostillados vasos de vidrio, dos docenas de ceniceros de latón, y diez enmohecidas charolas de lámina. Detrás de esa barra, ahí empotrado en la pared, un enorme espejo que presentaba las huellas de la última batalla campal producida en el tugurio y que reflejaba con distorsión las figuras del entorno. Cajas de refrescos y cartones de cerveza. Una treintena de sillas y siete mesas, todo de madera, igual que el piso; y sobre una de esas mesas, un juego de cubilete.

Complementaban el menaje del lugar, dos cortinas hechas con hilos de corcholatas dobladas que flanqueaban la barra, y que pendían de la parte superior

del marco de dos puertas, una, a la derecha, comunicaba a un cuarto con hedor a humedad y a orines, donde había un retrete, una pileta con agua y una cubeta de lámina herrumbrosa; la otra puerta, la de la izquierda, daba a un pasillo que conducía a cuatro minúsculos cubículos, todos iguales, desde donde salía una luz mortecina de color rojo, y en el interior de cada uno de ellos, una cama provista de un duro colchón de borra, sin almohadas, una silla, un buró sobre el que descansaba un aguamanil y justo arriba de la cabecera de tubular, un cuadro con la imagen de san Nicolás que Elia había clavado ahí, pues según sus palabras, el santo era patrono de las mujeres que se dedicaban a la profesión en la que ellas se desarrollaban. Una cortina de muselina por puerta, marcaba la frontera de la privacidad de cada cuarto.

Al fondo de ese mismo pasillo se encontraba un cuarto grande, iluminado sólo por un minúsculo tragaluz, paredes gruesas de adobe y sin otro acceso que la puerta de madera apolillada que permanecía cerrada mientras el establecimiento estaba abierto al público, éste era utilizado como dormitorio comunitario por las ocho mujeres y al que llamaban “la majada”. Ahí mismo, en un rincón había una estufa que utilizaba petróleo como combustible y a un lado sobre una pequeña mesa cubierta con mantel de plástico, descansaban ollas y cazuelas de barro, pocillos y cucharas de peltre de color blanco con los bordes azules ya descascarados. Clavado

en la pared un trastero que albergaba alcancías en forma de cerdo, mariachis gordos, platos y jarros decorados con flores multicolores; y como adorno principal una jarra de talavera poblana propiedad de Elia, y en ella guardaba, según sus propias palabras: “su destino”.

Cuerdas de pared a pared sostenían coloridos vestidos que, colgados en ganchos desvencijados, daban un panorama cromático por lo menos en una sección a tan lúgubre lugar. Una tabla adornada con tela de color rojo hacía las veces de tocador, sobre la que había lápices labiales bermejos, dos cajas de talco, un tarro grande de Cold Cream, dos latas de pomada de La Campana, una botella de agua de colonia Sanborn's, un envase mohoso conteniendo sebo rancio; todo competía por el espacio con un espejo de bordes nacarados. Como coronando este altar, un cartel publicitario del Cine Alteño con la esfinge de Pedro Infante en el que huellas de labios carmín sobre el cartón daban a las mujeres la ilusoria quimera de un idilio. Las mujeres dormían en catres comunales. Sólo Elia tenía cama propia, algunos libros, y una máquina de coser con la que les confeccionaba modelos imitando el vestuario de Blanca Estela Pavón a sus compañeras de esclavitud. Cerca de su cama y colgadas en la pared, dos bolsas de material plástico de color rojo utilizadas para aplicar enemas, conectada cada una a una pequeña manguera y en el extremo un bitoque negro.

El sometimiento de cada una de las mujeres hacia su opresor tenía diferentes orígenes, aunque el común denominador para que prevaleciera el dominio y explotación sobre ellas era el miedo a su explotador, en la misma medida del miedo, a no saber qué les esperaba afuera si algún día decidieran emanciparse del yugo. Habían perdido contacto con sus familias, ninguna tenía hijos, unas habían sido raptadas, arrancadas del seno familiar, como la Ñenga y sus primas, la China y la Torcacita que eran originarias de León Guanajuato y que habían sido vendidas a Rodolfo siendo casi unas niñas. La Piquito de Oro que debía su mote a que tenía los dientes frontales de ese metal, provenía del Estado de México donde apuñaló a una rival en amores. La Naila era de Oaxaca y era la mayor de todas; y en sus momentos de melancolía decía ser la musa de un poeta llamado Chuy Rasgado. La Chata era de Ocotlán, era la más reciente adquisición de Vargas, con veinte años encima, formas voluptuosas y un notable retraso mental, condiciones éstas que la hacían ser codiciada entre los asiduos contertulios del local.

La Coronela era la única originaria del pueblo, rebelde por naturaleza, esa rebeldía le había hecho ganarse el alias con que era conocida, sin embargo, era candorosa y gentil con los adolescentes a los que iniciaba en la vida sexual y que los padres de familia le llevaban al burdel para que tuvieran su primer contacto carnal. Todas, excepto Elia, pagaron el derecho de

pernada para poder “trabajar” en ese lugar. Originaria de Puebla, hacía doce años que había llegado ahí, con una jarra de talavera como único equipaje; era por derecho de antigüedad y por ser recomendada, la que gozaba de más privilegios que las demás. Era una mujer instruida y conocedora de la herbolaria y su aplicación. Tenía una belleza serena que contrastaba con la historia convulsiva que la había hecho refugiarse en ese lugar apartado. En 1945, y después de una comida en Metepec Puebla, un importante general revolucionario moría de un aparente infarto, diez minutos después de brindar con la “dama de compañía” que su Estado Mayor le había conseguido; esa dama era Elia.

Debido a sus conocimientos botánicos Elia desarrolló pocimas que hicieron que la situación de las mujeres en ese lugar fuera menos atribulada al ser utilizadas en su beneficio. En primera instancia se ocupaba de cocinar para ellas y procurar que su alimentación fuera, dentro de sus limitaciones, la más adecuada posible, intentaba también alimentarles el espíritu y en sus ratos libres les leía poesía y cuestionaba en todo momento el actuar de su explotador, sobre todo cuando Rodolfo mostraba su lado misógino y racista al referirse de que en su negocio sólo aceptaba mujeres de tez clara cuando orondo exclamaba: “blancas y aunque sean de manta”.

Renglón aparte era el cuidado que prodigaba a sus compañeras, previniendo tanto embarazos como

contagios venéreos que lograba con infusiones vaginales y orales. El permanganato de potasio, utilizado como medio de desinfección vaginal recomendado por las brigadas sanitarias le resultaba anacrónico, poco efectivo, y antiestético, pues el compuesto químico dejaba una película violácea oscura sobre las áreas aplicadas. Para contrarrestar esos inconvenientes, Elia preparaba una ducha vaginal que se aplicaban en una bolsa para enema; con vinagre, gobernadora, carbonato y barbasco, era para evitar el contagio de cualquier infección y que servía también como anticonceptivo, y otro enema con una infusión tibia de romero que hacía que los músculos vaginales se contrajeran, y así complementar el ritual antes de recibir al siguiente cliente. Completaba el cuidado de control anticonceptivo un té de barbasco con tres clavos de olor y unas gotas de “espíritus de tomar” en los días fértiles.

—Les traje este Señor de la Misericordia pa' que me las cuide mis carbonas, ya dejen el pésame y esas caras atufadas que no me salen de oquis, ya lo dice el Evangelio, que el que no trabaja no traga; y pos aquí hay qué trabajar. ¡Órale, vaca que no da leche que no cague el corral! Ya no tardan en llegar los cristianos, ¡y pos jetas y malos modos en su casa tienen! — vociferó Vargas al llegar al local y advertir aún la cara de aflicción entre las mujeres — a ver Elia, sin darles por su lado, haz que larguen la grima estas malagradecidas, quieren gozar de la caña y del elote, están como dice

aquí el vale Rubén: a las mujeres y a los gatos ni a cuáles irles de más ingratos.

—Dales tiempo Rodolfito, no te pido tanto, nada más mientras entregan la zalea al Divino Curtidor— contestó Elia en un tono misterioso mientras cruzaba miradas con la Naila, una leve sonrisa apareció en los labios de ambas.

El prostíbulo pronto se vio colmado de asistentes, ríos de alcohol, música de la rockola, baile, caricias y entregas ficticias fueron el marco de esa noche. Entrada la madrugada y al salir el último parroquiano, Vargas hacía el corte de caja mientras la sombra de la codicia se dibujaba en su cara. Rubén, completamente alcoholizado salió calle arriba y en la primera cuadra se quedó dormido en una banqueta. Elia, con su jarra de talavera poblana en las manos proponía un brindis — Ñenga, trae el Carlón, vengan, brindemos por Afrodita, por Calíope, por Atenea, por Perséfone... ¡Por Eros y Cronos!

—¡Bóitelas! que jáis de letanía les endilgas ¡Daca acá un trago, yo también soy hijo de Dios! — gritó Rodolfo al ver que Elia con toda ceremonia vaciaba el reconstituyente en la jarra y de ahí sirvió ocho vasos para las ocho mujeres.

—Por supuesto Varguitas, un placer, ¡Por Dionisio!

Quince minutos después del brindis un corto circuito

en la serie de luces que adornaban la imagen de san Martín Caballero soltó una chispa.

En el suplemento de nota roja de un periódico regional del 19 de abril de 1957 encabezaba una nota: «Crimen pasional. Cantinero despechado asesina y quema a sus ocho amasias y al lenón con el que lo engañaban. En el lupanar de mala muerte mueren las suripantas y el padrote».

Rebeca

“Antes todo era mejor, ora ya como que no saben hacer nada, mira nomás, todas nejas, pasmadas, saben a nixtamal crudo. Paludas, paludas, como patas de muerto”, decía con reconcomia mi tía la cotorrita que vivía con nosotros mientras se embodegaba una tortilla. No me explicaba cómo no podrían gustarle esas tortillas tan sabrosas, olorosas a maíz criollo y tan infladitas, buenas, buenas como las chorriadas de Yahualica. Cuando uno es chiquillo, con buena hambre no hay mal pan. Traga uno hasta piedras, nombre, de tragaldabas no lo bajaban a uno. Y más ajuariado, cuando en propia mano se las daba a uno una muchacha que estaba más bonita que un peso. Ahh, esa Rebeca venía como anillo al dedo a la hora del punto del mediodía. Hasta bien mandado se hacía uno por convenenciero más que por obediente; bueno, cuando no estaba como el bandonión de Talpa, templao y l'orden. En cuanto mi madre ponía a chillar la cazuela, me mandaba a las tortillas. ¡Y patas pa' cuándo son!

Rebeca, la dependienta de la tortillería de La Paloma siempre nos daba un taquito con sal para hacer menos enfadosa la espera, para que algo cayera a la panza de farol, que esos largos minutos tuviéramos algo con qué entretener a la lumbriz. Entre las calles de

Vallarta y Bartolo Hernández, en la merita esquina estaba la tortillería, a dos cuadras de mi casa. Era un lugar atiborrado de gentes, pues se habían cerrado algunos molinos de nixtamal, porque ya no tenían clientes. Ya casi nadie echaba yunta, menos poner nixtamal, mejor tragar tortillas compradas; aunque estuvieran como en la tienda de la Marrana, caras y escasas. Era todo junto con pegado, los hombres ya no querían sembrar, y pos las mujeres, qué esperanzas, tampoco querían ya tortiar. Y pos eso les quedó a todos como las mangas de Elena, a la pura medida.

Comenzaron a llegar a Tepa unas máquinas que hacían tortillas, bien chistosas esas maquinonas, grandotas, brillosas, brillosas, como si fueran de plata, bien requete tres piedras. Tenían como una plaquita de fierro que decía “Celorio”, y decían unos papelitos que nos dieron a la salida de misa de doce un domingo: “Para servir a usted y a su apreciable familia llegan a Tepatitlán las nuevas tortilladoras Celorio, una herramienta necesaria para suplir la demanda del mercado. Cada día en las casas dejan de hacerse las tortillas a mano. En aras de una modernidad, las familias han ido prescindiendo de los fogones y de las cocinas humeadas y humeantes para remodelarlas y convertirlas en flamantes centros de alimentación, donde la practicidad y la elegancia tienen ahora un buen maridaje. Es 1963, la era de la tecnología, una tecnología necesaria que también ha llegado a los hogares alteños”. Nombre, todos andábamos rete

creídos, porque eso sí, no queríamos ser menos que otros, porque luego luego nos poníamos como los jarritos de Tlaquepaque, sentidos y acorrientados.

El paseo diario que era el camino hasta la tortillería, ora se me afigura, que era para irme enseñando a descubrir los detalles en cada casa curra, ver si los mosaicos tenían buena greda, o si los enjarres no estaban cuartíados, me fijaba en cada una de las piedras que aforraban la calle en las que no me fijaba antes. Que dizque adoquinadas, ¡si Chuy!, puro pico de gallo, de lengua me trago un plato, eran nomás trechos de piedra bola con colado de cemento y arena de río. Al llegar a la tortillería me formaba en la cola y Rebeca nos daba taquitos con sal para aguantar el hambre mientras, esa era la hora de saber las nuevas en el barrio. Y también chiviar a la chavalilla que me hacía el quíubole, y de paso ponerme de acuerdo con la palomilla a ver a qué casa que tuviera televisión iríamos el domingo a ver los cuentos de Cachirulo. Ahí también sabía uno las cosas que pasaban en el mundo. Y si teníamos suerte hasta nos dejaban ver Daktari, ahh ese estaba bien suave, salía un león chucaico de un ojo, bien chistoso.

Fue en una de esas veces, esperando comprar las tortillas, en la que Rebeca con un grito nos avisó: “acaba de morir el Papa, lo acaban de decir en el radio”. Luego le subió al volumen y todos nos arremolinamos alrededor del mostrador. Parecíamos avispas zoquiteras alrededor del guaricho. La voz del locutor retumbaba

y nos tenía atentos a lo que decía: “Ayer lunes 3 de junio de los corrientes, en la ciudad de Roma ha fallecido Su Santidad Juan XXIII...”. Rebeca apagó el radio, nos dijo que nos hincáramos, y comenzó el rosario con todo y letanía. Al terminar de rezar nos paramos muy derechitos. Hablando claro, a mí no me gustaba tanto la rezadera, total decía yo, pa' uno que no peca con una Salve tiene. La Celorio había comenzado a trabajar, la fila avanzaba lenta. El sol derretía los chicles tirados en la banqueta. Al llegar al mostrador pagué un peso veinte centavos, y Rebeca me entregó un kilo de tortillas calientitas envueltas en papel estraza. Y eché carrera pa' la casa a avisarle a mi madre lo que habían dicho en el radio.

Todos los días era tan largo el tiempo de espera en la tortillería, que hasta podría pasar casi una hora para que llegara la masa mientras Rebeca platicaba con el novio, ese novio que era más feo que pegarle a Dios; más emamorao que un gallo y más güevón que un burro, estaba todo cacarizo como mierda llovida. A veces se acababa el gas y ella nos ponía a declamar una jaculatoria para que pronto surtieran el tanque; y otra vez la burra al trigo, yo creo que traía el chamirre colgado porque no me gustaba rezar. Y así eran todos los días, surtido como en botica. Pero valía la pena esas idas a buscar la tragazón. A mí se me hacía agua la boca, el aire en toda la cuadra olía a tortilla recién hecha... y a hambre.

Bien me acuerdo que un día me mandaron a chaleco a las tortillas, andaba todo renco porque mi apá me había puesto una ponja de perro bailarín, y nomás de oquis digo yo, porque esa sí que no me la gané. Mi madre quería hacer mole, y pos nomás quería, porque se le cebó. Siempre yo era el mandadero; y allí estaba su pendejo, ái voy cuando algo hacía falta pa' la comida. Ese día me mandaron al tendejón por un tostón de manteca y un veinte de clavos de olor. Me despacharon en el bote la manteca y un alcatracito con los clavos, cuando llegué a la casa mi amá estaba ocupada dándose la recia lavando, y me dijo que le echara cinco clavos a la cazuela de el mole que estaba en la lumbre. Sin deberla ni temerla mi apá me agarró a cuerazos porque le salió un clavo en su plato, yo nomás aparaba los chiltiadazos, y entre más bramaba yo, más mi apá me daba y decía: “muchacho zoquete, eran clavos de olor, no de fierro, ¡y tenga pa' que aprenda!”.

Mi tía, la cotorra, me ponía fomentos de güipate y cataplasmas de sal con tequila en los golpes, y ardía como lumbre en los testerazos. Ese día, la pela que me dio mi padre me dejó verdugones por todo el lomo, tenía una pata bandola, y un ojo cheche. Y una mulera que me duró más que la chingada porque a güevo tuve que ir el otro día a las tortillas. Todo fue llegar y ver que ahí estaba el vaquetón del novio de Rebeca, y cuando vio que llegué renquiando, se aplastó a dos nalgas a carcajarse de mí, y gritó delante de toda la gente: “¡ahí viene el Inmortal, ese nunca va a estirar la pata!”. Y

tuvo boca de profeta el hijo de la chingada, desde ese día así me dicen; contados me conocen por mi nombre. De por sí me caía como patada en los talayotes el zángano ese, y con esas ayudaditas pa' qué pedía más. Cuando la flecha es para el apache, aunque se agache. Y chiras pelas; el Inmortal se me quedó para todos los días de mi vida.

Rebeca Barba era una muchacha muy bonita, bonita como un peso, porque ¿cuándo se han visto quince años feos?, y tenía bonito modo para despachar, y eso que nomás era la dependienta, la que vendía las tortillas nomás, no la dueña ni la patrona. Se casó con el insérvolo que traía de chalán, y pos, donde acaba el novio comienza el marido, y la muchacha esa cruz quiso cargar. Árbol que crece torcido jamás su tronco endereza, y así este fulano, de perico perro no pasó, pero bueno. Me he encontrado algunas veces a Rebeca, sigue igual de buenmoza, aunque ya está istudita. Tiene mucha familia, dice que le salieron buenos sus hijos, yo como santo Tomás, ver para creer. De un zanate no pueden nacer palomas. Yo también tengo familia, ya Dios nos dio a mí y a mi señora seis hijos, todos vivos, bueno, unos vivos y otros menso, pero todos tragan. Anoche mi muchacha más grande me dijo que van a venir a pedirla, que ora vienen los padres del interfecto. Ya le dije a mi vieja que le dé consejos, uno como hombre pos qué les puede uno decir, esas son cosas de mujeres. Porque cuando una mula dice paso, y una mujer dice me caso, la mula no pasa y la mujer sí se casa.

Pa' qué buscarle ruido al chicharrón. Ya mejor que Dios le dé un buen porvenir y un mejor esposo; y no es de gusto, pero ya con que sea hombrecito y trabajador el sujeto, entrego a mi muchacha en el templo.

Todo esto que escribo de Rebeca es a consejos de un compadre que me invita a una cosa que se llama Cursillos, ái como que no quiere la cosa y ya para que ya no me anduviera zanquiando le dije que sí, no porque me cuadre ser de la vela gorda, mucho menos andarme dando golpes de pecho, ni haciendo que la virgen me habla cuando ni siquiera me parparea. Y más yo que soy amigo de los curas y enemigo de los sacramentos, pero bueno a ver si no por andar buscándole tres pies al gato me sale que tiene cuatro, y me condene a la mera hora. Mi compadre me encargó que acabara de escribir después de que recibiera la visita del pedimento. Se me hace medio raro. Como que se me atraganta el gañote tener que ver a mi muchacha que ya va a hacer su vida. Pero pos la debo, yo también hice lo mismo, ora cabresteo o me horco. Pos como les digo, aquí la dejo...

Di mi palabra y aquí se acaba este apunte, ya vinieron a pedir a mi muchacha. Sin plazo, pedida y dada en la mano. Los pedigüeños resultaron ser Rebeca Barba, y su...esposo. Nomás tengo tres puntos qué tratar para dar por acabado este asunto:

- 1.- No hay compadre que no sea indigesto
- 2.- Lo que uno menos puede ver, en su casa lo ha de tener
- 3.- No hay conquián sin sota

El día de san Juan

Bajo el manto que formaba un floripondio, en un pueblo perdido entre las hondonadas que configura la corriente del Río Verde, y detrás de lo más agreste de la barranca, ahí en el pueblo de San Bartolo, transcurría un dialogo entre dos mujeres. La luna llena de junio y el chirriar de grillos acompañaban a Rosa y a Josefina, que, instaladas en el patio, rodeadas de plantas fumaban y se daban pormenores, una y otra, de los acontecimientos de las vidas ajenas. Mientras en el interior de la casa, entre olor a incienso, flores y cera, era velada una infanta. Densas columnas de humo y de cotilleos salían expelidas de las bocas de las mujeres.

—No es que fuera fea, lo que se dice fea la chiquilla, no es que digas tú, agraciadita, vamos pues, blanquita, sí, afaicionadita sí. Pero Dios sabe por qué hace las cosas. Ya con esta van dos criaturas que no se les logran.

—¡Ay qué pesar doña Rosa! Dios guarde l' hora.

—La voluntad de Dios mujer, palo dado ni Dios lo quita, no nos queda de otra más que esperar que nos aguarden un campito, yo creo que Él ya necesitaba más angelitos.

—Pos sí, eso sí, pero su ñetecita ya tenía cuarenta días, y yo creí que ya la había libertado, y pos, a pesar

de eso, de lo que tenía en sus manitas. No vaya ser andancia, o un castigo de Dios por no seguir sus mandamientos. Yo mejor no digo ni pío, en boca cerrada no entran moscas.

—Si tú Chepa, la inocente nació chicuaz. Pero, ¿pasas a creer que también de sus piecitos? A la mejor las gentes de mi nuera tienen eso. Sabrá Dios. Yo le hice todas las luchas, a más no poder, pero pos no, tenía güesito en sus deditos. Y mira, me daba lástima. Ya ves que estaba blanquita, se ponía descolorida como pan de sal y se le salían sus lagrimitas. Mejor que se fue al cielo y no se quedara a sufrir en este mundo ingrato.

—No crea doña Rosa, yo almiro lo fuerte que es, no se dobla, con tanto difuntito y usté arrechita, arrechita. No hace ni el año que faltó su cristiano; y ora esto. Dicen que el pésame y las almonías nomás a los nueve días, y usté no sale de uno cuando ya le llegó el otro.

—No nos queda de otra mujer, Dios da la carga y uno tiene qué aparejar a los burros. Y, ¿qué hace uno?, el que está de Dios que muera, hasta lástima es que viva. Deja ir a la cocina que el café y la agüita no se cuecen solas.

—Le ayudo, sirve que me enseñó un tantito a hacer remedios. Dicen que al que buen árbol se arrima buena sombra lo cobija.

Antes de salir del patio, Rosa aspiró la fragancia ácida de las flores de floripondio y sonrió. Luego, arrancó un puñado de hojas de naranjo, y pidió a Josefina que

tomara una hoja de higuera; juntas se dirigieron a la cocina. En ollas de barro se dispusieron a preparar café y una infusión aromática a la que agregaron las hojas traídas del jardín, toronjil, azahar y granadas de pasiflora. Cortaron unos limones a la mitad, les introdujeron clavos de olor y los distribuyeron en las todas las esquinas de la casa para ahuyentar a los zancudos. De un trastero bajaron jarros que en su mejor momento debieron estar menos despostillados. Y entre olores, hervores y vapores, y rodeando la estufa, las mujeres prosiguieron la charla que sólo interrumpían de vez en cuando, los zumbidos de las chichas encandiladas y los lamentos de la madre de la niña fallecida.

—¿Ya vio que el Cucho siempre sí le hizo el ajijale a Celia? Yo pa' mí que le dio toloache. Eso sí le digo, que no hay caldo que no se enfríe, ni largada que no mancorne. Ha de dispensar, no es lugar ora pa' estas pláticas. Mire que luego se me va el santo al cielo, ¿cuánto piloncillo le pongo al café?

—No te apures por Celia, cuando de tres es la junta, uno es que manda en la yunta, cada quien escoge la cebolla que la va a hacer llorar. Que con su pan se lo coman. Y hablando de pan, ¿qué dijo tu cristiano?, ¿pudo conseguir el pan de Yahualica?

—Sí, me mandó la razón que sí; no tarda y llega. Volviendo a lo de la angelita. Mire qué día la recogió Dios, el mero día de san Juan, como que el mismo mes ya les gustó pa' irse al cielo a ella y a su hermanita. Ha

de ser porque es el mes del Sagrado Corazón. Y no crea, es día de ganar indulgencias, y de seguro ya las ganaron, aunque no las ocupen. ¿Ya oyó qué truenos? Parece que va a hacer buena tormenta. Ánimas de mi viejo, si no le buye se le va a mojar el pan.

—Que la sombra de san Pedro nos proteja.

—Hablando de sombras, usted no está pa' saberlo, pero por ahí andan diciendo que una sombra es la que viene por las difuntitos. Quesque su nuera miró esas visiones. ¿No serán azoros de almas en pena?

—Es la sombra del pecado Chepa, es el pecado. No está en gracia de Dios.

—Y mire, tan bonitas que se ven tendiditas sus angelitas, inocentes, en su cajoncito blanco, y su canesú, y sus flores blancas, ¡Ay almas mías! Pobre madre, ya dos que le entrega a Dios, ¿Por qué le saldrán, así como, pos, no bien sus criaturas? Como eclisaditas, como que la luna les pone cosas de más en sus inocentes cuerpiitos.

—Porque vive en pecado mujer. Dios castiga sin palo y sin cuarta. Esas criaturas están mejor en el cielo, no merecen cargar la cruz de los yerros de su madre. Son hijas del pecado.

—Me sosprende oiga, ¿qué no también son hijas de su muchacho?, ¿qué no es también pecador? Tanto peca el que mata la vaca como el que le levanta la pata.

—No Chepa, no. Dice la Biblia que es la mujer la que invita a pecar. Si ella no se le hubiera metido por los ojos a mi hijo. Lo hizo caer. Se la trajo y viven así nomás, amancebados. No quieren casarse por la ley de Dios,

que es la que vale. Que la de los hombres, qué, es nomás un papelito que no les sirve para su salvación. Pero, hazles entender. Ven la tempestad y no se hincan.

—Ah, ¿entonces por eso es?, con razón. La Virgen Santísima los cubra con su manto, de eso no se alivian ni yendo a bailar a Chalma. Parece que ya mi viejo está en el corredor. Deje le ayudo con las charolas doña Rosa, dice el padre Vidal que el que no vive para servir no sirve para vivir, ¿me llevo la botella de aguardiente para los dolientes? ¡Ahha que yo tan suata, pos si los dolientes son usted y su hijo! Sea juere, a ver si los hombres no se ponen sarazos. Mas vale darles poquito porque es bendito; no vaya a ser el Diablo y venga a gatas.

Salieron de la cocina y se dirigieron hacia el grupo que estaba alrededor de una mesa, sobre la cual descansaba el pequeño ataúd blanco con los despojos de la nieta de Rosa. Las pocas sillas disponibles eran ocupadas por las mujeres, que, con disimulado interés veían de reojo y con desconfianza que Rosa y Chepa iniciaban una ronda invitando a tomar las bebidas a los asistentes. Hildelisa Vázquez, la madre de la criatura a la que estaban velando había logrado congraciarse con mucha gente del pueblo, sobre todo con las madres de familia. Había llegado cuatro años antes del estado de Guerrero, era maestra normalista. Morena, de estatura mediana y facilidad de palabra. Arribó a San Bartolo con un brazo descansando en un cabestrillo, y severas marcas en

cara y cuello. Llegó del brazo del hijo de Rosa, que también tenía golpes, aunque no tan visibles como su mujer. Venían ambos huyendo de las montañas de Guerrero, habían sido parte de una célula revolucionaria. No se volvió a tocar el tema. Un día, dijeron que Hildelisa era la nueva profesora que iba a suplir al viejo maestro de la comunidad. Nunca regresó a su estado natal, tampoco salía del pueblo, y cuando había necesidad de alguna actualización dentro del programa de educación implementado por la Secretaría de Educación Pública, un enviado de las oficinas centrales acudía a proporcionarle cuanto documento e información hiciera falta para seguir vigente en el sistema.

En la segunda ronda de bebidas, entre los jarros con café, resaltaba una taza de porcelana china en la que Rosa llevaba un té especial para su nuera. A los pocos minutos de haberlo consumido, Hildelisa entró en una especie de sopor y su marido se vio en la necesidad de conducirla hasta su cama. Una mueca que más pareció una sonrisa se dibujó en los labios de Rosa cuando vio estar de regreso al velatorio a su hijo. Llovía sin cesar y el sonido de las gotas al caer al techo asemejaban sollozos. Se repartieron piezas de pan, cigarros y aguardiente a los asistentes. Los hombres bebían, fumaban y platicaban, mientras las mujeres iniciaron un cántico ritual de los que se acostumbraban en la región cuando un infante moría:

*«Duerme niña duerme
 duerme el sueño eterno
 que los querubes te esperan
 con clarines y trompetas
 las puertas del cielo abrieron
 de tus padres el consuelo.
 Ya la Virgen te cobija
 señora santa Ana te arrulla
 y san José y san Joaquín
 te abrazan como a su hija
 El Niño Dios se regoja
 con tu llegada a los cielos
 a los ángeles invita
 al convite de una rosa
 Juega niña juega
 juega en las nubes de tisú
 que las lágrimas de tu madre
 son perlas pa' tu corona
 que sus penas y quebrantos
 nomás se los curas tío».*

Generalmente, los cánticos los iniciaba la madrina de bautizo y ya las demás mujeres le acompañaban en forma coral. La letra de estos cantos elegiacos no siempre era igual, había en el pueblo alguna persona que componía las piezas, especialmente para estos acontecimientos, donde la letra, era personalizada para cada infante. Eran ya pocos los lugares donde esa tradición seguía, el lugar geográfico en el que San

Bartolo se encontraba había contribuido para que esos rituales funerarios ancestrales continuaran llevándose a cabo. Era 24 de junio de 1976, día de san Juan Bautista. El funeral que había reunido a los pobladores del lugar, en esta ocasión contaba con un elemento más, era la segunda hija de la maestra Hildelisa que había muerto en las mismas circunstancias, el mismo día, dos años después de la primera. Muerte súbita de las bebés mientras dormían, solo que con una condicionante; la paranoia que presentaba la madre como proceso puerperal. Trastorno que desaparecía al tercer día del sepelio de las infantas. Al día siguiente, por la tarde, llevaron a la niña al panteón. El cortejo fúnebre lo encabezaban el padre de la criatura y el padrino de bautizo que era quien cargaba en el hombro el féretro, y ocasionalmente el papá hacía relevo con el ataúd, sólo varones acudían al cementerio. Las mujeres se quedaban acompañando y ayudando a la madre en la casa hasta dejar todo en orden.

—Bueno doña Rosa, ya es hora de que nos recojamos, muchas gracias por sus atenciones, tan agradecida como empicada. Desde endenantes ái estoy, que ya me voy y que ya me voy; el que mucho se despide pocas ganas tiene de irse, ¿verdá? Espero en Dios y la Santísima Virgen que la seño Hildelisa y usté y su muchacho pronto hallen consuelo. Se queda con Dios.

—Espérate Chepa, déjame desahogarme cristiana, vamos a chuparnos un cigarro y me vas diciendo por qué no probaste la agüita. Vamos al patio.

No creas que no me puede la criaturita. Ái me ves apalancada, pero pos no soy de fierro tú Chepa. Yo nomás sigo la voluntad de Nuestro Señor, soy su instrumento.

—No es por hacerle el desaignre con la agüita, pero pos, el que se conforma con ver, ni siquiera en tentar piensa, con uno que se adifunte ya es mortandá. Pierda cuidado no voy a decir esta boca es mía. Es mejor volverse atrás que dejar l'alma en el camino. Por las ánimas benditas del Purgatorio y san Bartolito, que se condene mi alma si ando trayendo y llevando mitotes.

—Gracias por tenerme consideración, tú sabes que tenemos que ser obedientes de las leyes de Dios, no provocar la ocasión al pecado para que el Maligno no pierda las almas, tú me conoces, ¿cómo voy a consentir que en mi casa more el pecado?, no, no, no, a grandes males grandes remedios. El cruce de sangres no es bueno, hasta en el Evangelio lo dicen. Qué casualidad que no trai a sus gentes. ¿Qué tal y si se afrenta de ellos? Dice mi muchacho que el padre era un muy mentado Genaro Vázquez. Ve tú a saber mujer. Yo pa' mí que ya está pasiada, más pasiada que la Virgen en peregrinación; y mujer pasiada, ni santa ni condenada. ¿Y qué culpa tienen las criaturas?

—A cada capillita se le llega su fiestecita —
concluyó Josefina.

Cantera rosa

Tú que eres poeta y en el viento las compones, lúcete ahora que repican fuerte, no creas que es borrego. Ahí tienes la chanza, la oportunidad; y la oportunidad la pintan calva. Pero no creas que nomás te vengo a montar en puercos pintos. Ponte en obra a llenar tus libretitas. Que de algo sirva esa ventolera que traes en tu cabeza. Acuérdate que el que pega primero pega dos veces. Otra vez el mes que entra son los Juegos Florales, date la recia. Escríbele y yo te apoyo. No, no te puedo dejar salir, sigues malita de los nervios, y luego, el barrio ya se está llenando de fuereños. Mucho peligran las buenas familias. No sabe uno qué negras intenciones traigan. Ya van tres años y no te compones. Yo tengo que resguardarte, aquí, donde nada te hace falta. Si no quieres pronunciar palabra por maletía o arrebató, no pierdas cuidado. Aquí estoy yo que soy tu hermano. No te puedo quitar tu pulserita, deja ponerte un poquinillo de pomada de árnica, a ver, voltea tu patita. Ira nomás, ya te corrió la llaguita hasta el talón. Me puede más a mí, pero es por tu bien, porque tengo que ver por tí. El fin justifica los medios. Eii. Aquí está la libretita, a darle que es mole de olla. En el buró te dejo tu sopita de fideo y tu remedio, no empuerques la cama, que luego yo soy

el que levanta; y también tengo que trabajar. O prendo los cirios o toco la chirimía. Los fuereños, no creas, traen la mala suerte en el sobaco.

Ya llegaron más chilangos y mexicanos, ahora sí un fregadalal. Hasta en Las Capuchinas tuvieron que acostarlos, ahí como marranos en majada. Un titipuchal por vida de Dios. No, nadie vino a preguntar por ti, ya ni en el mundo te hacen, han de decir que muerto el ahijado se acabó el compadrazgo. Sabe qué le pasaría al hombre. Así son todos los fuereños, son como los perros de rancho, se van donde hay gordas con más manteca. Les das la mano y te agarran la pata. Qué pecado habremos cometido que se vinieron a rialadas. Vienen diciendo que perdieron su casa con el temblor de tierra, que muchas familias quedaron enterradas. ¿Y uno qué culpa tiene? Miles y miles, dicen. Sólo la Virgen de la Asunción sabrá por qué les mandó tan tremendo castigo. Hoy día tampoco nadie vino a procurarte. De tu pendiente ni sus luces, se me hace que está como los mayates, se fue con todo y hebra. Pero no por eso te apures hermana, aquí estoy para hacerte fuerte. ¿Ya hiciste tus necesidades? Orita me llevo la vacinilla. ¿Ya te aliviaste de tu erisipela? Deja te unto más árnica, ¿verdad que es re' buena? Tu costrita ya está mudando. Ya llegó otro curador a la Parroquia, lo vi pajareando por la casa del conde Rul. No, no es tu pendiente, a ése se le hizo gorda Antonia. Te dejó vestida y alborotada. Peló gallo. Abriles y hombres viles, desde que el mundo

es mundo hay miles. Eii. Pero no por eso. La vida sigue. Ahí están tus taquitos de papas y tu remedio, ¿ya escribiste en la libreta? Bueno, arranca la hojita. En diez minutos te apago el foco. Como te digo, están llegando por costaladas. Por todos lados, salen como los hongos.

*Te amé, profunda y mansamente
entera y a pedazos, rebelde y sumisa
con las cadenas opresoras de emancipación
siempre y a ratos, mal de día y bien de noche
con la cuerda locura de un poeta
con la maldita inocencia de un condenado*

*A tiempo y destiempo, arañando el deseo
bebiéndome las horas, despacio, con prisa
recorrí tu espalda, en la nada, en el lapso
despacio, con la premura de un sutil suplicio
desgajada en la aquiescencia de tus espacios
mutilando los caducos almanaques*

*Sobre tu piel dormida, helado cénit de magma
seduje la castidad de tus pecados
puros, ingravidos, sediciosos y transgresores
amé tus yerros, panfletos doctrinarios
bebí de tus fuentes celestiales, avasallada
siempre a deshora, siempre a destiempo*

*Con ese amor sedicioso, levantisco, atemporal
que habitaba mi casa, mis carnes, mis sueños*

*rompió paredes, rasgó baldosas, levantó muros
con calma, con furia, con versos, con horas
en la soledad y en el sombrío tumulto
arrullados los lamentos; te amé y punto*

*Con mi libertad y tus resabios, perfumada
en la cama, en la cocina y sobre tu agonía
me inmolé, casta, mártir e indecorosa
esas eran mis formas, esos fueron mis modos
algún instante, algunas veces, alguna vida
te amé así: siempre, a ratos; a tiempo.*

No, no, no hermana, como dijo Jack el Destripador, vamos por partes. ¿No quedamos que al escribir fuera como que es un hombre? Tú estás malita y no puedes salir, tus nervios no te dejan. Tú me das las hojitas y yo las llevo a Las Capuchinas a los Juegos Florales, no pierdas cuidado, pero cámbiale. Me mandaron al barrio de La Luz, dice mi comandante que andan alborotados unos vivales. No podemos llevar arma de cargo, que por no cocoriar a los de Derechos Humanos, otra de las moditas que trajieron, ¿cuáles humanos?, burros es lo que son, y no rebuznan nomás porque no se saben la tonada. Nos mandan a la guerra sin fusil. Te veo más mejoradita, el remedio sirvió para tus nervios. ¿Ya viste? Después de la tempestad viene la calma. Asosíégate, no te me anervies, son lo repiques de El Calvario. Y no, de tu pendiente ni sus luces. Se fue como punto de media, de un hilo. Si es que no se fue a la pizca del

camote. Eii. No te pongas tristita. Recojo mis palabras. Pero no hay mal que por bien no venga. Mírate ahora, haciendo versitos. Cénate pues tu confleis y chiquisteas tu medicina, porque de esa, es probete, no es hartete. Daca la hojita. Hace rato llegaron dos camiones de fuereños. Malo, malo por donde se vea.

*El vasto lenguaje en que habla tu silencio
ese, el que pisa las sombras de la nada
que habita el destiempo de las horas
en ardientes icebergs derretidos*

*Polifonías calladas, heraldos agoreros
que se cuelgan en un sol anochecido
en exánime movimiento rotatorio
de esa paz violenta de tu ira*

*Olvidos de memorias rondan tu verbo
que radiante oscuridad vela el recuerdo
y en presente añoranza en tus anhelos,
soy cercana lejanía de tus deseos.*

*No me ahoga el mar desierto en tus arenas
ni el alba de tu noche me adormece
tú, oscuro lucero; yo, ocaso amanecido
en las áridas aguas de un "te quiero"*

*Soy la ausencia presente en cada línea
que no vive la sosiega fatiga de tus letras
ni tu amor malquerido le hace rima
en la cuerda locura de tus versos*

*No te afirmes negando mi presencia
en cobarde valentía en pos del ego,
en la sobria embriaguez de tu sigilo,
estando sin estar, está contigo.*

¡Újule!, este está más trabuco que patas de cabra. Puras borucas y borucas, nada se te entiende, ¿pos cómo pues? Así no procede. Haz de dispensar hermana, pero yo no les hallo ni pies ni cabeza a tus versitos, yo creo que mejor bajas la pata del estribo. Afirmativo. De músico poeta y loco todos tenemos un poco, pero, pues, a ti nomás se te nota lo loco. Yo creo que ya estás lurias. El trato era que fuera en masculino esos versitos para poderte ayudar. Pero no hay peor ciego que el que no quiere ver y, yo veo que no, no es para ti eso de versiar coplas. Y con el permiso y el arrempujón, yo no voy a prestarme a presentar las hojitas allí donde todos me conocen, ¡nombre! Vayan a pensar en la corporación que se me hace agua la canoa, que me gusta el arroz con popote. Eii. Aquí las cuentas claras y el chocolate espeso. Tienes tus piecitos abotagados, ahora no te voy a dar tu medicinita. Yo creo que ya se te coció el hígado. A ti cuando no te llueve te llovizna. Mira los rodetes que

trais en la cholla también. Con eso de que no hablas, no soy zaurín para saber qué ocupas, no sé qué remedio hacerte. El que no habla Dios no lo oye. Aquí están tus taquitos. En la madrugada se hallaron dos ahogados en las albercas de El Paraíso, dicen que eran fuereños. Eii.

¿No te dio hambrita? No comiste tú, pero los ratones, ¿qué tal?, se ruñeron los taquitos. Yo creo que sigues malita, mira tu pulserita, ya se apretó, ya no se ve en tu piecito. Ora no te traje tu medicina hasta que estés mejoradita. Te traje un jarrito de arroz en agua, cena agustito, cena. Como que te veo más ñenguita. Hoy hicimos rondín por el barrio de La Merced. Si vieras cuántos mexicanos hay ya. Éramos muchos y parió la abuela. Como bola de cuervos los hijos de su mal dormir. Prietos, chaparros, lampiños. De mal vivir pues. Sus mujeres, chaparrillas, chichoncitas y con unos mandiles colorados, bien chambiriniados todos. Malo, malo es la cruz de sangres. Eii. Dicen que se hallaron unos cuerpos en el camino a Betulia.

Se echó a perder tu arrocito, no has probado alimento, te ha de doler una muela, tienes hinchados tus cachetitos. Y no me dices nada, has de decir que en boca cerrada no entran moscas. Yo te veo malita, y ahora que te quiero dar una nueva. Ya me ando conchavando una jovencilla de Comanja. Eii. Te hice un atolito de arrocena, a ver si lo consiente tu estómago, medicinita no te lo aconsejo. Estos del gobierno no hallan qué grupera les venga

mejor. ¿Por qué no manda a la gente a otro lugar? Pero con su pan se lo coman. Cada cosa engendra a su semejante. Ya es un hervidero de indiada en Las Huertitas. Y lo que se siembra se cosecha. Eii. Hoy diligieron un levantamiento de difunto por la Nestlé, chilango por más señas.

¿Se redamó o redamaste la arrocena en el colchón? Negativo por donde se vea. Eii. Si no quieres probar alimento a tu santo le avisas. A güevo ni los zapatos entran. Ni resoca de consideración me tienes. ¡Si no me están regalando nada! Con el subión que se dieron las cosas. Si nomás el kilo de tortillas ya casi mil pesos. Esta carestía, a mí no me la pegan, es por la chilangada que llegó a limosniar al pueblo. ¿Quién de afuera vendrá que de tu casa te sacará? Y todavía te pones pusteque. Pero está bien, para ir sabiendo con qué cuento. Eii. Ando de barbero y quedabién comprándote tu Coca con Gansito y de pilón tus Sabritas. La medicina está castigada hasta que te portes bien. Ira nomás, por poco y quebras la pata de la cama a jondión y jondión. Está bien, a ver de qué cuero salen más correas. Y yo de buena gente que venía a darte dos buenas nuevas. Una, que la chavala que te platiqué, la de Comanja, ya me correspondió. La otra, que encontraron dos occisos ya agusanados allá por La Merced. Dicen que eran enganchadores de las hijas de las Poquianchis. Eii.

¡Pa' acabarla de amolar! No has tragado nada. Mira nomás, ya se le fue el gas a la Coca. Pero tú sabrás, chiquita no eres. Buscando al Señor de los Trabajos vas a hallar al Señor de las Necesidades. El que por su gusto canta hasta gorgoritos caga. ¿No quieres tragar?, sigue entonces con la panza de farol, muy tu gusto y te lo alabo. Pero mira. No tengo campo ahorita. Ando de servicio. Estamos acodigados. Y yo no puedo estar con un ojo al gato y otro al garabato. Anda la fuereñada muy alborotada, ¿cuándo se había visto eso?, ¿cuándo? ¿Para qué tanto brinco estando el suelo tan parejo?, ahí andan, de la Plaza a Capuchinas, de Capuchinas al Puente, del Puente al Rosas Moreno, hasta la Estación fueron a dar. Andan que no caben, como gallina con güevo. Parecen cóconos haciendo rueda y gritando: “¡fue la mano de Dios, fue la mano de Dios!, ¡shiquitibum a la bim bom ba, shiquitibum a la bim bom ba, Maradona, Maradona, ra, ra, ra!”, qué chilangadas son esas chingao. Todo por su pinche fútbol. Pero pa' los perros, los coyotes. A ver cuántos amanecen como el que se topó el sacristán en las escaleras de la Parroquia, tieso y con una daga bien acomodada en el pescuezo. Eii.

Mira, te traje una guacamaya, es de chicharrón como te gustan; y tu medicinita también, yo calculo que ya la necesitas. No te la bebas de un jalón, tásala, no vaya a ser que el remedio salga peor que la enfermedad. Eii. Ya sofocamos a los insurrectos, me dieron franco unos

días. Así fue la friega que me acomodé. Salí con esta mano quebrada, mira toda abotagada. Me picaron las abejas, pero me tragué el panal, pero tú no sabes de eso. Tú qué, tú estás en la Gloria, aquí muy agustito, nomás durmiendo y comiendo a tus horas. Jodido Juárez. Yo tengo la obligación de ver por ti, para eso eres mi sangre. Tienes amarillitos los ojos, como si te hubieras biliado. Tómate tu medicinita. Dicen que para todo mal, mezcal; y para todo bien, también. Cuando te compongas, y si te portas bien, un día de estos te voy a llevar a que le des las gracias a Nuestra Señora. Un día, que sea al pardiarse, casi oscureciendo para que no te conozcan, al cabo que de noche todos los burros son pardos. Sirve de que traemos agüita bendita para que se te retiren tus delirios. Y también nos hacemos de un terroncito de cantera bendita, para que ya no tengas malos pensamientos. Por cierto, en las vías del tren estaba uno cuerpo todo destazado. Eii.

En la tarde fui a Comanja a ver a Elba, porque así se llama la chavala que me trae de un ala. Es mexicana, del estado pues, ¿pasas a creer que no es malparecida?, es de familias de por acá. Eii. Me vio mi mano y me dio un remedio para lo hinchado, y pensé que te sirve para la hinchazón de tu patita. Me dio un frasquito y le dije que escribiera lo que tenía: “vinagre de tibicos, jengibre, hueso de fraile, clavos de olor, espíritus de untar y cáscara de tepezcohuite”. Y para pagarle el favor es menester que le hagas unos versitos y yo se los doy, como cosa mía pues. Como si escribiera un masculino. Que tenga su nombre. Elba. Elba, bonito nombre, ¿verdad? Ahí le echas crema a mis tacos. Que diga

cosas bonitas; pero ni tanto que queme el santo, ni tan poco que no lo alumbre. Con balanceo. Que no se note que me trai arrastrando la cobija. A las mujeres ni todo el amor ni todo el dinero. Eii. No te atragantes, deja para mañana. Se me hace muy raro que en vez de decirme con tu voz me escribas. Pero está bien, ahorita te traigo el sobre. No tengas cuidado, yo le entrego a la chavala el sobre cerrado mañana; total, ojos que no ven corazón que no siente.

Elba

*Elba, bozo es solamente un vello, pende jorobado de la jeta
El baboso es, sola mente, un bello pendejo robado de la jeta*

*Elba cobra más habiendo vino. Ha de ser idóneo, perverso
Él, Baco, brama, sabiendo vino. Hades herido, neo perverso*

*Elba te acomoda la gorda papada de comer a lo bruto
El vate: ¿a cómo da la gorda? Papá da de comer a lo bruto
Él bate, acomoda la gorda papa, da de comer a lo bruto
El bate acomoda la gorda, ¿papá da de comer a lo bruto?*

*Elba jode patas y entenderes.
Él bajo, de patas y entenderes.
Elba, te me acomodas a brozo*

*El vate mea, como da sabroso
Él bate: ¿me acomoda sabroso?
Él: ¡báteme!, ¡ah cómo da sabroso!*

Afirmativo licenciado MP. La femenina muerta de asfixia por inmersión es mi hermana. Sí, es la que desapareció hace más de tres años, aquí está la carpeta de investigación. Qué bueno que ya detuvieron a los sospechosos. Para eso estamos, para velar por la seguridad de los ciudadanos. El deber es el deber, y ahora le tocó a su servidor en carne propia. Eso no paga todo mi pesar. Alevosía haberle despedazado sus extremidades y arrojarla al río. Una agravante debe ser, haberle puesto en sus ropas un pedazo de cantera rosa. No tienen perdón de Dios ni de la sociedad. Inocente, pero ya la pagarán, si no es en esta vida en la otra. El que un mal hace, un bien no espere. Si no hay otro trámite que cumplir me retiro y quedo a sus órdenes licenciado MP. Procedo a hacer las diligencias para la inhumación.

Licenciado

«Nuestra casa estaba enclavada en un promontorio geográfico llamado El Cerro de las Azoteas, en un lugar al que le llamaban El Colomo por estar cerca de un aguaje. Era una casa de adobe con techos muy altos, eso me parecían en ese entonces, tenía vigas de madera de mezquite y bóveda de lo que parecía ser terracota. Eso era la sala, que así le decíamos a la estancia principal de la casa. La cocina tenía un olor peculiar, ahí el fuego estaba encendido a todas horas y los alimentos eran racionados por mi madre. El patio de tierra, siempre húmedo por el cuerpo de agua cercano, era mi lugar favorito, mientras no cumplí los seis años, porque a esa edad mi padre decidió que ya era tiempo de ser su ayudante en las labores del campo. Así, en la primera infancia comenzó mi relación con la prodigalidad de la tierra; yo le daba, ella me lo devolvía con creces. En otros potreros de la misma hacienda había otras casas, por lo que era común las reuniones entre las familias en las ocasiones especiales, o simplemente en las noches de Luna Llena donde se juntaban los adultos a jugar baraja, y los más chicos a hacer rondas de juegos y lo que llamaban “jugarreras”. A veces, en esas veladas, dando testimonio de su

herencia cultural literaria, los más audaces hacían gala de sus artes poéticas, y se enfrascaban en duelos de coplas, y en ellas solían salir a flote los amores, o las querellas.

Si tu retrato me dieras
en el marco de un pañuelo
en tu ventana me vieras
buscándote sin consuelo

Mi ventana no es de reja
y me cuidan mis hermanos
si te avientan una teja
mejor ni metas las manos

Cuanto me gustan las tunas
enganchadas en alambre
ora que ando en ayunas
ven y quitame esta hambre

Ay cuánto me gusta el gusto
y este gusto que yo tengo
con los pesos que me ajusto
y con esos te mantengo

La luna viene saliendo
alumbrando los ocotes
ya mí me viene valiendo
que me traigan en mitotes

*Ya viene rayando el sol
ya se miran los magueyes
ay cuanta flor de mirasol
para que traguen los bueyes*

*Ya viene anocheciendo
prendan su chapil de olotes
ái unos se andan comiendo
mis babas y sus mocotes*

*Las muchachas de hoy en día
como los aros del queso
limpiecitas de la cara
y mugrosas del pescuezo*

*Los muchachos de hoy en día
no levantan un metate
ni duermen en almonía
porque les pica el petate*

*Ya con esta me despido
antes que un perro me ladre
si alguno se siente herido
sepan que yo soy su padre.*

*Uno de los factores de la supervivencia de las especies
es la alimentación, a nuestra casa, distante muchos
kilómetros del pueblo más cercano, llegaba cada*

semana una quilihua cargada de víveres que sobre su lomo transportaba el Licenciado, ese Licenciado, que, flojo y mañoso como el que más, flatulento y pasmado, ese, nuestro Licenciado, corto de corvas y largo de entenderes, a veces nos dejaba sin provisión. Todo era que se le cruzara una burra en su camino, y en aras de ser el Romeo de esa Julieta tiraba toda la carga tratando de depositar sus ímpetus en una cavidad en la que nunca lograba acertar. Con todo su mal fario tanto en el tino como en el amor, el Licenciado era el burro que representaba la movilidad en el acarreo de avituallamiento familiar, el medio de transporte más utilizado para hacernos llegar los avíos.

Como en toda finca rural, la agricultura y ganadería es el alma de ese lugar, nuestro rancho no tendría que ser diferente, teníamos cosechas y animales, que también era necesario moverlos, distribuirlos, negociar con ellos y para eso los medios de transporte jugaban un papel importante. De ese modo, de potrero a potrero se movían granos y semillas y para eso se utilizaba una carreta jalada por el Sandío y el Palomo, dos bueyes de buena estampa y mejor condición constituían el medio de transporte. La leche de la ordeña, se depositaba en grandes cántaras de lámina, que amarradas a una cabrilla se las enjaretaban al Licenciado para ir al encuentro de la entrega hasta la brecha donde pasaba la troca que recolectaba el lácteo en las rancherías. Esa misma troca lechera era el

medio de transporte que del exterior traía a los rancheros todos los insumos para la agricultura y ganadería. Era en sí, ese vehículo usado para carga, aunque no desdeñaba transportar a las personas por una módica suma a cambio de un más incómodo viaje.

A veces era necesario cumplir con preceptos religiosos, para ese fin, eran celebradas algunas ceremonias religiosas en una ranchería distante unas cuantas leguas. Ir a misa de viernes primero de mes a La Mesa de los Vega era pensar en qué bestia se iba a ensillar, sobre el Lucero y la Estrella recaía esa responsabilidad de llevar y traer a los que necesitaran el auxilio espiritual de la Comunión. Tanto el caballo como la yegua, también eran el medio de transporte cuando ir a la ciudad más cercana se tornaba necesaria. Se hacía una travesía por tres cerros e incontables veredas, a cual más llenos de maleza y agrestes terrenos, dos horas cabalgando hasta llegar a la carretera donde un camión destartado y maloliente nos llevaba a Tepatitlán. Así nos comunicábamos con el exterior, era nuestra manera de viajar y allegarnos lo necesario para subsistir, esa era nuestra movilidad. La movilidad en un lugar de Jalisco en 1956.»

¿Pa' eso te mandé a estudiar chivato?, qué de lengonadas pusistes en el mentado librito ese. ¿Pa' eso tanto interés de cómo vivía tu padre cuando era chiquillo? Ahh vale, qué necesidá de decir lo que no es. Ni se entiende

lo que escribistes. No cabe duda que pa' vergüenzas no gana uno; si he sabido que te cagas ni los calzones te pongo. Valiendo mierda dijo Miguel Orozco. Por eso mismo te decía que hubieras estudiado pa' médico, pero no, armado armado, agarrastes camino, hicistes lo que te dio tu chingada gana. Ora, ¿qué cuchufletas es eso que estudiastes?, ¿pa' qué chingados te va a servir?, que dizque licenciado en Filosofía y Letras, ¿eso con qué se come? Ahh noo, pero el señorito muy curro, quería irse a estudiar a México, y aquí está su tarugo para cumplirle todos sus gustos. Viéndolo bien, te queda eso de "licenciado", te nombras como el burro de la casa, penco y mañoso cuán largo era, pero haces bien, nomás pa' eso sirven los licenciados, pa' la carga; porque como dijo Juanillo, la sabiduría del burro se la guarda en el instrumento. Y no lo dudo que me salgas con esas anchetas. Te digo, qué va de que te digan Doctor, tan de respeto la palabra, a que te digan Licenciado chiltiaherencias.

Pero ya, no quiero saber la sarta de embustes, y pa' acabarla de tizar hasta mi nombre le pusistes. No quiero leer más barrabasadas, ya no quiero más mole, ya con mis agruras tengo. Lo único que está como te platicué son las contestadas en las lunadas, y las chifletas y pedos que se echaban unos y otros. Todo lo demás vale pa' lo que dijo José Claudio, pa' chingada madre. ¿O'nde quedaron todas las charras y las

pelicanas que te platiqué? Ora no pones que agarré la yunta bien chiquininillo, apenas apepenaba la mancera, no alcanzaba todavía a uncir los bueyes, pero ya levantaba en peso el yugo. Y ya en el barbecho se me atoraba la reja en el terronal, considera nomás, y se me atascaba hasta la telera. Ya como Dios me daba a entender lo destierregaba y enderezaba el arado. Y ái voy, ái voy, pian pianito, y mi padre pisándome los talones, carcajiándose de mí, ahh, porque has de saber, se voltiaban los papeles, un surco él araba y yo era su sembrador, y otro surco era al revés voltiado. Nombre, ya cuando comenzaba a jilotiar, nos jambábamos de costomates y jaltomates, porque antes no echábamos guano, eso nomás los arguenudos que no querían repelar echaban. Pero de eso nada. Te has de afrentar de tu padre, dirás que soy un rancharo pajón, bajado del cerro a punta de tamborazos. Pero no tiene la culpa el indio sino el que lo hace compadre. Estoy como pa' que me lleven los arribeños por créido.

Ora que tampoco pusistes, que íbamos con bestias ensilladas a las carreras parejeras a La Tuna Agria. Y lo del Chiquigüitillo, arriba en la meritita punta del cerro hay un abujero, que si se arrimaba uno, salía un chiflonazo de aire que le volaba a uno el sombrero. Los paseos al Río Verde que nos íbamos por la barranca de Los Laureles, y ái vamos, cái que no cái con las quiligüas de garras pa' lavar y la tragadera. Y lo de la hija de mi tío don Salvador Martín, eso sí fue un

improsulto, cosa nunca vista. Era una chiquilla descolorida descolorida, del color de un raigón, y tenía los cabellos como hebras de chilacayota, haz de cuenta. No consentía que le diera el sol, se ampollaba todita, así era de nación. Se les murió pronto esa criatura, tiernita todavía. Que les dijo el médico que la chiquilla les salió así porque se habían casado entre primos hermanos. Pondera tú que eres estudiado, qué testarudez de ese médico, ¡ay cabrón!, no cabe duda que pa' pendejo no se estudia, ¿cómo va uno a andar regando la sangre?, y si le sale a uno un hijo mongolito como ora les dicen a los bienaventuraditos, esa sería la voluntad de Dios. Por cierto, de eso, ni pío dijistes, te quedastes chato chato.

Eso sí, estimo tus agradeczos porque no pusistes lo de la guarapeta, la que me puse con el linimento que había en el trastero. Ya no era jilotito, ya iba pa' mazorca, y una noche, muy espichadito agarré una botella de aguardiente y me la llevé a la troja, ¡y chúpale pichón!, hasta no verte Jesús mío, me la empiné casi toda, dejé nomás un culito; jedía como a patas, pero me valió piloncillo. Me rundí hasta otro día, ya el sol alto, me levanté todo pitañoso y con punzadas de cabeza; y quería beberme todo el cántaro de agua, andaba todo cisquiado, sentía que ya casi entregaba la zalea. Junto con la pela que me dieron por mi gracia, voy sabiendo que era un linimento pa' las reumas, remedio pues, que

mi madre tenía macerando con mariguana, clavos de olor y valeriana, allí, en la botella de aguardiente. ¡Ai andaba de lambusco pa' que me la pasaran. Qué bueno que a ti no te dio por la tomadera. Mal hicieras, ya con el vicio de chupar tienes, esos cigarros prietos que te echas, entre más bachichas más jediondos a puro petate quemado. Aunque no se note la jumadera, en tu pieza sale la pestilencia.

Y ora que me acuerdo, ayer vino a buscarte un fulano medio aindiado, lampiño, todo zarrapastroso. Así, vestido como tú, como ora te ha dado por andar. Llegó procurando a un tal camarada Ilich. Le dije que no le sabía dar razón, y sacó un retrato tuyo. Me amachiné y le dije que no tenía conocencia del cristiano ese del retrato. ¡Chivato!, pos eras tú, y tú no te llamas Ilich, te llamas Rigoberto, Rigoberto Martín Casillas. Mira nomás qué casualidades, traía un morral atravesado igual que tú. Todo socroso, las greñas largas y sebosas no agraviando a los presentes; y en las patas unos guaraches de llanta como los que train los tecuejes, verbigracia. Pero ya estás grandecito y pos la mera verdad, cada quien hace de su culo un papalote. Lo que sí está de brincar el charco es que no me haigas hecho el favor que te dije. Si no te encargué otra cosa, muchacho de porra. No haber ido a ver a Su Santidad ora que estuvo en la Basílica de México, no te dio la gana de ir, ¿qué te costaba?, ora que no lo dudo que

hasta bolchevique me salgas. Vino el Papa porque falta un año pa' que se acabe el mundo. Y tú debes saber eso. Está en la Biblia que Jesús dijo: “mundo serás, pero al dos mil, no llegarás”, ¡y no haber ido! Eso sí pa' que veas no te lo paso.

Dicen que no es bueno darle la calle a los hijos, pero ya me tienes hasta el copete, ¡no haber ido a recibir la bendición de un santo!, porque este Papa es un santo en vida. Descréido es lo que eres, y al que al cielo escupe, tarde o temprano en la cara le ha de cair. El que es pendejo ni de Dios goza; y el que demonios da, diablos recibe. No me da buena espina que no quieras ir a misa, tampoco te obligo a que te confieses, cuando yo estaba nuevo no me gustaba contarle mis cosas a otro cabrón como yo. No me quito de la razón que curas y hombres en calzón, hombres son. Ya de viejo uno recapacita y dobla las manitas. Lo que sí te digo que si no trais el chamirre contigo, a azufre si güeles. No, no, no, una taranta de palos es lo que mereces ¡Pero ya pa' acabar pronto! Ya me colmaste el jarrito, me tienes hasta la chingada. Lo que si te digo es que con este buey ya no aras, ya me cansé de mantener bolsones y cuerudos, esta casa no es potrero pa' ganado horro. No quisistes buena madre, quedrás mala madrastra. La calle enseña más que Salamanca. Así que cuélele, a descular hormigas y a jondiar gatos de la cola. A chingarle mi cabrón, pa' que sepa cuánto cuesta la gorda que se traga.

El abrigo rojo

Yo tengo dos cosas de la infancia que me tienen apergollada, bueno, tres en realidad, y creo que esa tercera, es la que viene a mi memoria en los momentos que necesito acudir al lugar seguro, cuando los raspones de la vida diaria me atosigan. Y me atosigan muy seguido. No siempre tengo la sobriedad emocional para remontarlos. Y si he de hablar con la verdad, los otros dos eventos me ayudan a equilibrar la estabilidad necesaria para contrarrestar mi día a día. Muchas veces he querido escribir un diario, pero no, no tengo el rigor de la constancia; y menos a esta edad que ya no me cuezo al primer hervor. Mi talón de Aquiles es mi lenguaje, me cuesta hablar con propiedad y eso tiene que ver con una de las cosas que dije al principio. Crecí con dos hermanos mayores, de ellos aprendí a hablar como carretonero. La segunda, es la convivencia con una tía abuela, circunspecta y dicharachera hasta la saciedad, pienso que en lo segundo soy muy parecida a ella. La tercera cosa es el abrigo de mi madre. Este primer párrafo me costó mucho trabajo. Como lo dije, no se me da ser correcta, pero escribir este texto es parte de una terapia con mi sicólogo. El trato fue sólo un párrafo sin malas palabras y sin dichos, refranes o sentencias. Ya cumplí, creo. Lo que sigue ya es con total libertad de expresión.

Valle de Guadalupe Jalisco, miércoles 3 de mayo de 2006 (día de la Santa Cruz).

Ahora sí, soltaron a Juan en sus barrancas, me costó un güevo y la mitad del otro escribir las primeras líneas, las de en medio y las del final. ¡Ay cabrón!, me cae de a madre si no canto mejor que con un tehuacanazo ya así, siendo yo. Como les decía (porque según el sicólogo, debe ser dirigido este texto a alguien imaginario, y yo prefiero que mis imaginarios sean muchos. Por eso de que entre muchos diablos no pesa un alma). Ah sí, retomando. Tengo treinta y dos años, soy la única vieja entre cinco hermanos, nunca me he casado, creo que ya se me está pasando el tren, aunque eso me vale una chingada, vale más sola que mal acompañada, prefiero vestir santos y no desvestir borrachos. Si me ha de llevar el Diablo que me lleve en buen caballo. ¡Ay güey!, a ver si no por esperar los de a caballo me quedo sin los de a pie. De hecho, desde hace diez años trabajo en una empresa avícola, empecé como auxiliar en el área de Conta, y ahí me quedé de encargada. Y de ahí p'al rial. Me fui como gorda en tobogán. Gano bien, pero nunca lo suficiente para mis gustos que pues, sí, son caros, porque a mí me cortaron para rica y me dejaron hilvanada. En un pueblo como este, y en los Altos de Jalisco, como te ven te tratan. Y siempre hay que estar a la altura del alto pedorraje. Y está bien cañón que cambiemos.

Vivo con mi papá que ya está grande, y con un hermano cotorro, mulo como la chingada, se le agrió la vida por andar enculado de una mona que nomás lo hizo pendejo. Se le fue a California y ya se la saben; amor de lejos, felices los tres. Pero mi carnal sigue siendo buena bestia. Todos mis demás hermanos están casados, y no, no me gusta que vayan a la casa, porque sus crías voltean de culo todito lo que metichan, y ni quien se acomida a levantar ni un plato. Mis cuñadas nomás se hacen de la vista gorda, como quien pastorea un gallo. Méndigas pirañas. Están como Chava Mora, a las puras caiditas. Primero falta el atole en San Juan de Dios que ellas faltan un domingo a la casa. ¿Y quién es la que se chinga? Su servilleta. Y de servilleta y de trapeador sirvo nomás para las marquesas. Ya les dije a mis hermanos que el casado casa quiere, a ver si la pescan al vuelo; pero no, se hacen o ya están hechos, igual y sí. Si poquito el tiempo apura y me colman la paciencia sí se las voy a dejar ir derecho: cada chango a su mecate y cada puta a su congal.

Dice mi sicólogo que tengo un conflicto de identidad. ¡Fuckyou, dijo Chimas! Yo soy Ana Elena Suárez aquí y en China. Si tuviera un conflicto no estaría tan contenta con la vida. En base a eso le sigo. No tengo amigas, conocidas muchas, eso sí. Unas casadas ya, otras como lloviznando, con una pata en la estaca y echando ojos largos a ver que cae. Todas muy

delicaditas, son como los jarritos de Tlaquepaque, sentidas y corrientes, no puede uno decir nada porque piensan que uno nomás está como las resorteras, estirándose para chingar y pues no, ni al caso. Otras andan a la pura pega como los del padre Rábago. Eso sí, toditas, pero toditas, están como las cantadoras del Valle, largan el rebozo y se cobijan la calle. Se hacen de la boca chiquita si habla uno y ellas están. Pero cada quien hace de su culo un tambor y se lo toca cuando le dé su chingada gana. Todavía en pleno siglo XXI se encabronan si les pregunto si ya las dieron, ñoñas, se admiran que les digo que yo, ya, como las de Acatic. Porque aquellito, si no se usa se llena de telarañas.

No me gusta cocinar, pero lo hago, porque tenemos que tragar, si no, maldita la cosa que lo hiciera. No tengo perros, aunque sí me gustan y los quiero mucho, pero me emputaría darles vida de perro. Odio los gatos, son infames y dejan el pelambrerío. Dicen que entre la mujer y el gato ni a cuál irle de ingrato, yo creo que por eso me repugnan, por la comparación; y lo que te choca te checa. Me gustan las plantas, y sí, tengo muchas, y les hablo bonito; ellas, hasta ahorita no me han contestado, y el día que lo hagan las hijas de su floresta madre, me cago.

Y aunque sea del Valle, nunca me gustó estar en teatro, eso de estar arriba de un escenario no se hizo para mí; no me gusta pasar vergüenzas. Pero sí me gustan las Comedias y las Pastorelas, así me río de otros. Me gusta

leer, leer para mí, no ando de farol para que alguien me considere intelectual. Tomo café, negro, sin azúcar, con cafeína como se debe tomar el café, porque café sin cafeína es como mujer sin vagina. El alcohol, ese, como dijo Tano, ni golelo. Para borrachales ya tenemos uno en la casa, Gustavo mi hermano, está como la corcholata, cuando no anda pegado a la botella anda por los suelos. También tengo un novio desde hace dos años, él vive y trabaja en Guadalajara.

Aquí hago un paréntesis, siento, y me nace, hablar de uno de los puntos, el número tres, y que se refiere a mi madre, y a un abrigo rojo de ella, pieza que para mí representa mi génesis. Y en un intento por contribuir al buen resultado de mi terapia, procuraré escribir las siguientes líneas con propiedad.

Era un abrigo corto, de terciopelo, de mangas anchas y corte italiano, de un rojo intenso, casi granate. Con un solo botón, grande, enorme y redondo, que era del color del sol de enero. Tenía una textura rara, hacía un ruido peculiar, y no era amigable para mis manos, que cuando no estaban cubiertas de millones de partículas de tierra, lo estaban de restos de comida. No debía tocarlo a menos que la pulcritud de mis dedos fuera aprobada por mi madre, la dueña de esa exótica vestimenta. Cuando ella decidía vestirlo, era porque iría a Tepatitlán a comprar las provisiones, y mis hermanos y yo sabíamos que unas horas después comeríamos tantos ríos de dulces, hasta que la barriga

los sintiera amargos; y nos regodearíamos destruyendo las muñecas de cartón de las que mi mamá se empeñaba en comprarme en Tapa para que, según ella, se me fuera desarrollando el instinto maternal, que, en ese entonces, decía a quien quisiera escucharla: “es menos que mínimo, y no se lo encuentro por ningún lado”.

El abrigo rojo de mi madre, le sentaba tan bien, se veía hermosa, cuando lo usaba, tenía los labios pintados del mismo tono, “rojo sangre de pecadora”, decía mi tía abuela. El color de la prenda le daba un contraste mágico, por el tono de piel trigueña y su abundante cabellera bruna y rizada. Sus ojos de un color verde/amarillo, se intensificaban con el reflejo del carmín de la boca y del abrigo mismo. Ese sobretodo fue sinónimo de rebeldía, según mis escasos entenderes infantiles. Escuché álgidos argumentos acerca de su uso entre mi madre y mi tía abuela, esa tía abuela que era un océano de amarguras. Ella, mi madre que nunca se liberó del yugo protector de la tía, y de su influencia que iba más allá del vestuario. Ese día, defendió a su abrigo rojo como si se tratase del honor de una insignia sagrada: “me pongo mi abrigo porque me lo compró mi marido, y punto” escuché decir a mi madre, mientras la tía, soberbia como pozo profundo, se retiró mascullando las trilladas jaculatorias ensayadas para ocasiones similares. Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Mi padre jamás volvió a casarse.

Cumplió su objetivo, ese abrigo sí que llegó a nuestra familia con un fin específico, sé que, aunque no nos lo digamos, mis hermanos y yo coincidimos en que esa prenda cubrió parte de nuestra infancia con una etapa inolvidable. Aunque quien lo portara fuera nuestra progenitora, su influencia nos cubrió a todos. Cubría sí, el cuerpo de mi madre, le daba calor, le daba elegancia y un aroma de felicidad, pero también le daba seguridad; y le disimulaba el enorme vientre picudo de sus embarazos. Mi padre, pieza importante en la existencia de ese abrigo rojo, fue el proveedor. Él, que con una sonrisa retorcida veía complacido cuando su esposa hacía todo un ritual al calzar la prenda, que según sus propias palabras: “era para cuando repicaran fuerte”.

Nada mal hasta aquí, logré tener facilidad de redacción, quizá porque escribí de mi madre, y su recuerdo es un dulce de leche de los que nos compraba en las fiestas del pueblo. Vestía a mis hermanos de romanitos, y nos íbamos todos al desfile de romanos y antorchas cada primero de enero, y ya después eran las callejonadas y los carros alegóricos. Casi dos semanas de fiesta y serenatas. En la plazuela había Comedias, separábamos lugar con nuestras sillitas, y el señor cura Mariano ahí muy presente. En la plaza frente a la parroquia de la Virgen de Guadalupe prendían castillos, también llevábamos sillitas a ver ese espectáculo, mi tía abuela en primera fila, siempre

estaba de mal humor, en esas veces, porque los babosos de mis hermanos se metían entre los buscapiés. En el palenque había peleas de gallos; y también de uno que otro pendejo, que por quítame estas pajas, se madreaban y chingaban a veinte. Creo que es tiempo que diga algo más de mi tía abuela. Al mal paso darle prisa.

La tía Longi, era como le gustaba que la llamaran, su nombre real era María Longines, ¡ah pa' nombrecito!, con razón siempre andaba mula, con ese nombre hasta yo. Desde que tengo memoria la vi vieja y federica. Nunca se casó porque no le gustaban los prietos, pobre y delicada, limosnera y de pan de huevo. Siempre se decía enferma, era hipocondriaca. Enfermo que caga y mea, el Diablo que se lo crea. Hasta la fecha se queja de las mismas afecciones imaginarias, pero mujer enferma, mujer eterna. Dicen que de joven era bonita y tenía pretendientes a Dios dar, que se iba con toda la muchachada a los paseos al Arroyo Zarco. Para una fiesta de enero hizo un ritual que hacían las muchachas de su época dizque para conseguir novio. En un relicario puso una chuparrosita, tres clavos de olor y cuatro florecitas de huele de noche, les roció agua bendita y se los echó al seno. ¡Y zaz culebra! Que pescó novio güero rejalvido. El único novio que tuvo en su vida. Poco le duró el gusto, a los tres meses el interfeuto se agarró a balazos en la cantina El farolito, y lo remataron en el portal de los Barba. Le pasó lo que a Rosita Alvarez, de los tres tiros que le dieron, nomás uno era de muerte.

Jamás la vi llorar, tampoco reír; tenía cara de palo. Enjuta y cetrina. Mala, como muela picada. Muchas veces creí que era la viva reencarnación de la vieja del Concilio.

Vivió muchos años con nosotros, y tenía una facultad que no he logrado descifrar; la de encontrar un resquicio donde ella lograra penetrar para que la armonía se rompiera en mil pedazos. El mismo Dios que me daba esa llaga me daba la medicina. Aprendí a lidiar con su maldad. Porque era mala como la viruela negra. Mala como la quinina. Siempre creí que tía Longi poseía algún tipo de magia, de color oscuro, es lo que pensaba en ese entonces; bueno, a decir verdad, aún lo creo. Yo hasta aquí le llego, aquí se quebró una taza y cada cual para su casa; porque el que mucho habla, mucho hierra.

Nota al margen: Olvidé contarles un detalle, mi novio es también mi sicólogo.

Orquídeas de marzo

Fidel Sánchez intentaba ocultar su satisfacción al encontrarse en la antesala del crematorio donde estaba siendo incinerada Aurora, su compañera de vida. De vez en cuando reprimía una sonrisa que clandestinamente afloraba en sus labios. Le habían citado a las cinco, eran casi las seis y el encargado del mostrador le comunicó que tenía que esperar unos minutos más. Se preguntaba si sería correcto sacar su libreta y comenzar a hacer anotaciones. Hacía justo seis meses que había conocido a Nube, y desde ese momento decidió que quería ser escritor, adinerado, y soltero. *Lo primero que tengo que hacer es cambiarme este pinchurriente nombre, qué naco ser escritor y llamarse Fidel, Fidel Sánchez, con ese nombre mis lectores me ubicarían en la chavorruquez. Qué poco... comercial suena. ¿Qué tal Iván? Sí, Iván. Iván Moreno Rea, me gusta, sí, está con madre, va con mis outfits setenteros. Me quedo con ese nombre, qué tal que sea chicle y pega. Mejor desde mi primera publicación tener un nombre de caché.* Soltero, era desde el día anterior. Rico, sería en cuanto los trámites legales de herencia por viudez surtieran efecto.

Lo de ser escritor, lo daba por hecho, para eso estaría Nube Olmos, quien tenía una casa editorial; y

la urgencia de publicar a cuanto autor pudiera pagarle. No había pierde, según el narrador en ciernes, además, ninguna mujer se cierra del todo a los detalles, aseguraba. Y ya había involucrado dinero y corazón en eso. *Desde mi primer libro será un trancasasazo, un best seller, ¡a güevo! Ya tengo el tema, ya saldrá la trama. Manalisco será el nuevo Macondo, qué digo, estará en el upper side. Llegarán más turistas que a Comala, porque ahí en mi Delegación se recreará cada una de mis novelas. Archirrecontrapinches que sí. Lo más random es que cada historia partirá de cada uno de los refranes que mi gente sigue usando en Manalisco. Claro, incluyendo siempre en la trama, mi vida y trayectoria como punto toral. Y así, consecutivamente en cada historia que me cuenten hago copy paste, ¡y fierro pariente! Muy pro mi proyecto, ¿no? Ya me vi dando entrevistas y firmando libros. ¡Ay Papantla tus hijos vuelan! Este arroz ya se coció. Ya le vamos a poner Jorge al niño.*

El recinto recreaba una atmósfera literaria perfecta, con estudiada pose, Fidel tomó la pluma y empezó a garabatear en el cuadernillo cuanto observaba. El empleado hizo una mueca reprobatoria, Sánchez tomó aire y con voz engolada manifestó que era escritor. El empleado, hombre de edad madura, seco y de manos nerviosas, sólo meneó la cabeza y continuó llenando formularios. *Nubecita me hará el paro cuando le presente el previo, de hecho, le manejaré algunos refranes bucólicos, igual y me acepta unos drinks para*

cerrar el bisne. Podrían salir cosas chingonas, ¿por qué no? Si tengo piezas de arranque como: Criada de cura que con borreguero casare, por ser gorda y robusta a los cuatro meses pare. Sacristán que vende cera y no tiene cerería, de dónde saca la cera sino es de la sacristía. Caja que tuvo alcanfor, algo le queda de olor. Con ciento Santos Varones que el cristo está apollillado. De besos no nacen hijos, pero tocan a vísperas... Eso es nada más la punta del iceberg, en Manalisco tenemos miles de refranes. Y yo seré el que los dé a conocer internacionalmente.

Ocho sillas, un casillero con etiquetas, un almanaque metálico con números intercambiables con la leyenda 20 de marzo, y el mostrador, todo en color gris, completaba el mobiliario el encargado, con su traje raído y corbata barata del mismo tono. Todo parecía estar dispuesto matemáticamente en ese espacio con olor a nada. Ni una mosca, ni un sonido, nada perturbaba la placidez de los que, al otro lado de la pared, entregaban la mortaja al placer crepitatorio de la consunción purificadora del fuego. Afuera, el cielo plomizo de Guadalajara, amenazaba con soltar otra tolvana más de la temporada. *El primer tiraje serán mil, no, mejor quinientos, no vaya siendo hueso y me ahorque, el que mucho abarca poco aprieta, ¿o cómo era? Chingue a su madre el Diablo, que sean mil, total, va a ser un exitazo de poca madre. ¿Y si de una vez mando hacer dos mil?, el que no arriesga no gana.*

Tengo que contratar a un Community Manager para que me posicione en redes y vayan haciendo ruido mi nombre y mi obra. Ya está, lo poco se vuelve moco. Serán cinco mil, ¿quién dijo miedo?

“Era la ambientación perfecta para contar una historia”, con esas líneas inició lo que sería el primer párrafo de su *ópera prima*. Por lo menos, el síndrome de la hoja en blanco no estaba entre sus temores, quizá porque no conocía lo que significaba. *Nadie como yo en el dominio de los recursos literarios y con mis habilidades narrativas, y que conozco las entrañas de mi Manalisco para hacerla tendencia internacional, referencia literaria. Mi Manalisco, sí, porque un día será Manalisco de Sánchez, no, de Sánchez no, suena a lugar común, ¿qué tal Manalisco de Moreno Rea? Se antoja chido. Me vale tres hectáreas si a los fachos les acomoda, siempre andan en modo haters, ¡a la verch! Ellos escriben de la parroquia de Santo Santiago Apóstol y nadie les dice nada. Yo haré las cosas diferente. Se hará porque pinches puedo.*

A su escenario literario se sumó una pareja que hablaba en susurros con el encargado. El hombre con gesto adusto, la mujer, parecía estar doblada de dolor, asida del brazo del que parecía ser su marido, la palidez y las cejas pobladas que enmarcaban el rostro de la señora le recordaron a Sánchez a alguien. No lo supo de cierto. Quizá, pensó, que estaba confundido por la

urgencia de construir los personajes de su narrativa. Eso había decidido, comenzaría con narrativa; y la columna vertebral de la trama ya había surgido con la muerte de Aurora. Volvió a la escritura, unas líneas más y paró en seco, sus dedos se negaron a escribir y su mente no encontró las palabras adecuadas para la continuidad del texto. *Es natural, la musa es caprichosa. Y esto de escribir a mano no es progre, aunque me siento bien en lo retro. Bien dice el buen Lalo Castellanos que la musa está en las nalgas. Como todo millennial, necesito mi Mac para aparecer en modo On, ¡vámonos haciendo el ánimo!* Sonrió. Cerró los ojos y pensó en Nube. Volvió a sonreír. Se preguntaba si esa orquídea negra habría sido de su agrado. “Rara, hermosa y enigmática como tú. 19/03/2019”, escribió en la tarjeta al enviársela.

Afloraron en borbotones los recuerdos, necesarios, detallados. El escritor precisaba de orden aún en los pensamientos, incluir en la historia cada evento donde el valor literario estuviera presente. *Tendré que evitar los spoilers, los títulos tienen que cuidarse para no vender el contenido. En eso sí no hallo la cuadratura al círculo. Nada cool por cierto. No por eso voy a instalarme en el fomo porque me carga el payaso. Por el momento, keep calm mi cabrón.* En medio año, algunos acontecimientos habían convulsionado su matrimonio. Se había casado con Aurora ocho años antes, vivían en una casona llena de

imágenes religiosas y muebles antiguos, herencia de los padres de su esposa, y que, junto con otras propiedades también heredadas, hacían de la mujer una persona con solvencia económica. La consorte era tacaña y melancólica. Rudimentaria y amable. No le gustaba los gatos, ni las cortinas oscuras. Todas las tardes quemaba hojas de sabia, canela y clavos de olor en un incensario. Era consecuente y conciliadora con los altibajos de su marido. No tenían hijos, Aurora tenía el vientre seco, su humedad se le había escapado por los ojos. Era bonita, bonita a secas, un poco pasada de peso. Cocinaba y comía, comía y cocinaba, siempre al borde de las lágrimas que hacían que el color verde de sus ojos pareciera un par de esmeraldas. Tenía miedo a todo y a nada. En los últimos meses Aurora se comportaba de una manera extraña.

Hacía seis meses que la casa había comenzado a llenarse de libros. También que Fidel había conocido a una editora. Coincidió con el entusiasmo de él acerca de cuanto taller o diplomado sobre Literatura pudiera tomar. Renunció a su empleo y aseguró que lo que quería en la vida era ser un literato famoso. *Hay que soñar cosas chingonas para que sucedan cosas chingonas, lo que no deja, dejarlo. De hecho. No me voy a pasar toda una vida siendo un Godínez si puedo ser un Haruki Murakami. ¡eah, vamos con Tokio!* Se aficionó a leer todos los días para su esposa, sobre

todo en las noches. Ya no fue lo mismo en esa casa. Aurora comenzó a experimentar cambios. Empezó a perder peso, y unas ojeras violáceas circundaron sus ojos. Creía escuchar maullidos horripilantes cada noche, o que alguien con voz de ultratumba la llamaba. Y esa dirección que de repente aparecía escrita en el pasillo: "Donceles 815", le hacía temblar de escalofrío, escuchaba el chirriar de un hacha y se imaginaba que crujía al caer sobre su cuello. Los libros que su marido leía tan atento para ella, sobre todo dos, hablaban de gatos. *El gato negro*, de Edgar Allan Poe, y *Aura*, de Carlos Fuentes.

«...caminas, sonriendo, hacia ella; te detienes al escuchar los maullidos lastimeros de varios gatos...»
¿ves? Aura, Aurora, suena casi igual, también ella tiene los ojos verdes; y vive en una casa que huele a tristeza, es un alma vieja, como tú, — Aurora escuchaba decir a su marido, — quien solícito, y a partir de unas semanas atrás, le llevaba un té todas las noches para que lograra conciliar el sueño. Pero era Aurora quien no quería dormir, le asaltaban pesadillas terribles. La salud se fue deteriorando aún más, apenas probaba alimento. Las alucinaciones aumentaron a la par que las lecturas de costumbre. Mientras Aurora parecía consumirse Fidel se rejuvenecía, cambió de corte de pelo y usó una nueva loción. Un día, el marido llegó con una caja y un ramo de flores amarillas hasta donde se encontraba

postrada Aurora, era 19 de marzo, su aniversario de bodas; y depositando un beso en la frente de su esposa le entregó el regalo. Era un hermoso, reluciente y enorme gato negro... tuerto.

Voy a rentar una oficina para poner mi estudio, chingón, bien chingón. Porque un escritor con mi trayectoria, debe tener un espacio adecuado, juta! Y con lo famoso que voy a ser, mucho más. Voy a poner mi estudio con una decoración bien perrona. Igual y vintage, para estar en línea con mi imagen. Ovbi sin llegar al postureo. Tampoco quiero verme mamilas. Andares, sí, Andares me late para montar mi estudio; ahí, dos, tres sillones de terciopelo amarillo, mi escritorio diseñado por Héctor Esrawe, las lámparas de pedestal de las que hay en la casa. Y un chingo de libros. Muchos libros. Madrales de libros. ¡Eso, eso mi champ!, sin miedo al éxito papá. En mi nuevo estatus los malvibrosos de mis cuates ya no van a encajar. Nada de música agropecuaria. Qué perro oso que salen siempre con sus ruraladas. Son tan básicos. Voy a tener qué abrirlos por malas copas. Yolo. De ahora en adelante maifrens, mis cuadernos de doble raya, serán otros. Si se siente la plebe, ni pex. Pa' saber dijo el Churrias. De otro modo les dejo ir: sin Yolanda Maricarmen.

Sánchez respiró profundo, avizoraba su triunfo editorial, consultó la hora, seis con veinte minutos. En la pantalla de su móvil se seguían acumulando notificaciones de

mensajes y llamadas. Ninguno de la editora. Apagó el teléfono y lo guardó en el bolsillo izquierdo. Apetecía en esos momentos tener entre las manos un whiskey en las rocas. Quería terminar todo el trámite de cremación de su mujer lo antes posible. Deseaba desafanarse de esa vestimenta de viudo e ir a ver a Nube. La comenzaba a extrañar. *Los muertos tardan en arder*. La pareja seguía ahí, el encargado inmutable, solo cambió el entorno la luz mortecina de una lámpara que, empotrada en el techo daba la impresión de ser más tétrico el lugar. *Las cejas, esas cejas ¿dónde las he visto?*, interrumpieron sus cavilaciones el ruido de unos pasos al interior del mostrador. ¿Los señores Olmos? Un último trámite. Por favor, antes de entregarles las cenizas de su hija, ratifiquen en el formulario la causa de deceso. Aquí, donde dice: mordedura de arácnido *Phoneutria nigriventer*, habitante de corola de orquídea negra propiedad de la occisa.

Mondrian

No es que Alejandro se sintiera cómodo estando al pie del acantilado, ese atardecer el agua rompía con rabia sobre las rocas, que, vomitando escarcha húmeda cubría sus ojos, sus entenderes, y todos sus prejuicios. No sabría, a decir verdad, qué lo había llevado hasta ese lugar. Lo que sí sabía, era que necesitaba encontrar respuestas, una certeza, una pista, algo; o nada. Usando como brújula la incertidumbre se dirigió hasta ese recoveco que formaba una oquedad en la pared en la base de una escarpadura. El lugar oculto, su lugar, el lugar de los dos, el de los pactos amorosos; el de los “te amo”. Se despojó de los zapatos, dobló el pantalón hasta arriba de las rodillas y se adentró en las aguas bravas de septiembre en esa región. Decidido a entrar a la gruta, esperó unos minutos a que la corriente amainara, y con la vista fija en el risco, su pensamiento viajó en tiempo y espacio. Tiempo: tres meses. Espacio: esa misma cueva a la que estaba a punto de penetrar, y que había sido formada por el golpeteo del agua a través de miles de años en una de las paredes de un farallón, de esos farallones que custodian las aguas generosas del Río

Verde. Unas voces lo hicieron regresar a la realidad. No lejos de ahí, en otra caverna se encontraba un grupo de lo que parecían ser pescadores, y el eco de su algarabía llegaba hasta los oídos de Alejandro.

—¿Qué pedo? No mames, ¿a dónde se fueron todos los pinches bagres? Me cai de a madres que va a ser neta. ¿Qué vergas?

—Eh we, pregúntales a los que pusieron sus putas granjas de pescado. Neta, más que pasarse de lanza se pasaron de verga. Ni uno, ni pa' remedio. Y tantas ganas que traía de pescado en penca, ni pedo, me la pelo. Neta, qué culerísimos.

—¿Qué pex con ustedes? Ni amarradores, ni rederos, y menos pescadores son ustedes. Caciques es lo que son. Por no comprar el pescado nos vamos a quedar sin tragar todos. Pinches codos, parecen de La Capilla. Ustedes no compran un plátano por no tirar la cáscara, ni compran una paleta por no tirar el palito. Me emputan un chingamadril. Me cae. Inches castrosos.

—Ya we, dejando de mamadas, dice mi jefe que está escaseando el bagre porque nos cayó la sal, que es una maldición. Un castigo de Dios pues. El ruco y su alucín. Según porque hay un chingamadril de puñales y tortilleras. Siete años de sal es un chingo y un costal. Perra salación culera.

—Ja, ja, ja, tu progeneitor nomás se está curando en salud bro. Tus sisternas le hacen al violín y al violón, son ambidiestras pues. Traen pico y pala, son de tornillo y tuerca. Tijeriando, tijeriando. Ya me imagino los vergazos en tu house.

—Ya wey, no le ajeres, con los homies no la cagues. No hay que irse con la finta de los posts del Feis o del Insta. Ya ves que tu jefe que dice que prefiere un hijo joto que mal agradecido; y nel, tú eres bien ojete.

—Ya cálmenla vatos, no la hagan de pedo. Ámole, como pescadores nos morimos de hambre. Este jale no es para nosotros maífrens. Se acabó el desvergue. Mejor saquen el pomo, me está dando sed de la mala. Necesito un pisto en esta hora sad antes que se armen los vergazos. ¡Arre pues!

La acústica de lugar había conspirado, las voces de los frustrados pescadores se habían magnificado y Alejandro captó con nitidez cada una de sus palabras. Lo que oyó le hizo sentir incómodo. Tenía náuseas. Un atisbo de ansiedad asaltó su garganta. Tres meses atrás, a trescientos metros de ahí, el hombre recordó aquel día cuando un reducido número de bañistas que, en la segunda semana de junio, disfrutaban de las bondades de las aguas termales en el balneario del Río Verde, vieron llegar a las instalaciones a un contingente numeroso que con gran algarabía gritaba. Eran loas en honor a él.

—¡Si se pudo, sí se pudo!, ¡y ya se ha dado, ya se ha dado!, ¡Alejandro es diputado!

—¡A güevo!, ¡a güevo!, ¡chicharrón con pelos!

Hacia una semana Alejandro había sido votado mayoritariamente para ocupar una curul en el Congreso del Estado de Jalisco. Las elecciones del 2021 fueron atípicas, y más en el distrito por el que compitió el candidato. Había sido una tarea difícil, si en la campaña presencial, con baños de pueblo y convenios usureros en busca de votos corporativos fue ardua, en redes sociales las cosas no fueron mejores, las descalificaciones y las encuestas competían un día sí, y el otro también, por ser tendencia negativa. Máxime que se dio la campaña en medio de una crisis pandémica mundial. Arrostrar contra la pandemia COVID-19 en términos electorales fue su talón de Aquiles.

Sin embargo, Alejandro contaba con un equipo que supo manejar la campaña con atingencia. Encabezados por Edgar, “el todo en uno”, como solían llamarlo. Atendía coordinación, relaciones públicas, comunicación social y era el asistente personal del candidato. Cumplía funciones como asesor de imagen y nutriólogo de cabecera. También era su pareja desde hacía seis años. Se habían conocido en la Facultad de Arquitectura. El Río Verde con sus acantilados era su espacio favorito, así que decidieron ir a celebrar el triunfo en las urnas a ese lugar; y en cuanto pudieran

desafanarse un poco de los acompañantes, se prometieron que irían a Mondrian, el nombre en clave que le habían dado a una gruta que descubrieran años atrás, y que estaba a unos minutos río arriba.

Esa tarde Mondrian los recibió como la complaciente Celestina que era, apartados del mundo, más desnudos del alma que del cuerpo. Un brindis como génesis y dos entidades bailando al ritmo de unas minúsculas gotas, que traviesas humedecieron la sábana de cada piel, mientras ávidas lenguas ausentes de palabras se ofrecieron en holocausto. Aromas de maderas brotaron del sahumero de sus poros. Millares de cristales diminutos poblaron la Vía Láctea, que en generosa lluvia dorada recibieron cabalgando dos centauros. Era hora de volver a la realidad, se sacudieron la arena, se vistieron de convencionalismo y regresaron al balneario. En el horizonte, el sol amenazaba con esconderse entre tonalidades bermejas, Alejandro miró fijamente la puesta y dirigiéndose a Edgar le dijo.

—Nosotros, los de antes, ya no somos los mismos.

La mayoría de sus acompañantes habían estado bebiendo por horas. Al verlos llegar, algunos rodearon a Alejandro con la premisa de recordarle su oferta de puestos como recompensa por apoyarlo en la campaña. *Muchos los perros para tan pocos los huesos*, se dijo el

diputado electo. No cesaban las voces

—Ándele mi Diputado, brinde conmigo, que al cabo que una no es ninguna.

—Acuérdese de mí cuando esté en el reino de los cielos mi Alito.

—La caballada llegó gorda mi Lic. Y aquí su servilleta, no es por dárselo a desear, pero es el mejor jockey.

—Un consejo Senador, sí, Senador, porque usted va a hacer la hombrada. Sépase que un político pobre, es un pobre político.

—Usted mi licenciado, puede y debe llegar a la Grande, con el tiempo y un ganchito se alcanzan también las verdes. Chingue a su madre si no.

—Y que ladren los perros, señal de que vamos cabalgando. Llegamos los que estuvimos mi Lic. Sus cuadros, sus bases, sus fuerzas vivas. Y aquí estamos para sostener y defender esa Democracia.

—Cúrtase el estómago mi Diputado, porque la política es el arte de tragar mierda sin hacer gestos.

Y así, en ese tenor fueron desfilando en riguroso besamanos ante el político, al que veían como el canal para acomodarse en el ámbito burocrático. Edgar tomaba nota y sonreía satisfecho, no era diferente a lo que había imaginado. Sabía, desde la nominación, que se llevarían la elección; obviamente el trabajo realizado

había sido la fórmula para lograrlo. El equipo exitoso que habían logrado conformar como pareja en lo profesional, sólo era eso, profesional; en lo personal tenían qué guardar secrecía, acuerdo al que habían llegado de forma bilateral. Respetaba el convenio, aunque Alejandro hubiese tenido que ser parte de un matrimonio por conveniencia. Dos años antes se había casado con la hija de Bernardo López Duarte, el presidente del partido que lo llevó a la curul.

Pasaban los minutos y el bullicio iba en aumento, alcohol y demás sustancias recreativas obnubilaban sobriedades e intereses, tratos y copas sellaban el momento. Nadie se percató de la presencia de López Duarte, quien llegó hasta donde estaba Alejandro y tomándolo bruscamente del brazo lo llevó a la terraza donde estuvieron discutiendo. Edgar se acercó a los hombres, Bernardo, fuera de sí, le espetó.

—¡Pinche puñeque de mierda, vete a hacer tus desfiguros a otro congal, en el partido no hay lugar para soplanucas! Ni te molestes en ir al Comité, y ni me la hagas de tos, porque ya te la sabes, yo soy más cabrón que bonito — nadie más se dio cuenta de lo sucedido. López Duarte tomó del hombro a Alejandro indicándole la salida. Al pasar junto a Edgar le murmuró al oído -apuré mi café- esa frase la habían escogido como código de alerta máxima, había surgido

a partir de la letra de una canción a la que a los dos les gustaba. Edgar volvió a la reunión, los meseros sorteaban de la mejor manera a los bultos intoxicados que babeantes, seguían alcoholizándose “por compromiso”, uno de esos entes se acercó y le ofreció una bebida.

— ¡Eyy bro!, brindemos por lo que viene, ¡no mames we, la hicimos! Ten, échate un pisto conmigo. No me hagas la mamada de abrirme we. Pinches mames, yo piché las tres rejas de coquitas de San José.

Edgar tomó la botella, agradeció, y en silencio abandonó la reunión y fue escaleras abajo a sentarse a la orilla del río, luego, caminó hasta el pie del acantilado. Lejos de todo y de todos. El agua estaba embravecida, parecía convocar a disidencia. La noche no era azul, tampoco había luna. Notó que los grillos enmudecieron también. Comenzó a caminar, a lo lejos distinguió tres siluetas tambaleantes; y hasta sus oídos llegó una conversación. Prefirió ignorar si esas palabras iban dirigidas a él.

— ¡Eh puto!, ¿qué, unos drinks?, ¿o te culeas?

— Se culea porque lo madrea su garrote. Ja, ja, ja. ¿Eres chancla?, ¿o eres plancha y te calientas sola?, ¿o prefieres la pimienta en tu clavito de olor?

— Ni nos topa. Es vatillo, pasivo el puñal. Ojo de loca no se equivoca.

— No chille mi rey, mejor de luto que aguantar un puto.

Edgar siguió caminando, lento, como contando cada beso que no encontraría nido. Se perdió esa noche en la pesada oscuridad de su naturaleza.

Alejandro vaciló un momento, las aguas se habían calmado, permisivas, dejaban al descubierto la boca de la gruta. Dio media vuelta, se echó a los hombros la pesada cobija de su cobardía y aspiró profundo, el viento le traía fragancias acíbares.

Se terminó de imprimir
en diciembre de 2022
En los talleres de
Flechaprint, S.A. de C.V.
Domicilio: General Anaya #524
Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México.



Los trece relatos que componen Clavos de olor, documentan parte de la historia de nuestra tierra, la forma de ser y de pensar del alteño y como este ha ido cambiando con el paso del tiempo. Conocedora del manejo del lenguaje, Elba Gómez Orozco realiza un rescate de la tradición oral.

La también poeta es una de las autoras tepatitlenses más prolíficas del municipio, sabe y conoce el habla y la palabra de la gente de antes, pero se desliza con facilidad en los neologismos de las actuales generaciones, sin descuidar como se hablaba en la historia reciente.

Como recurso, vuelve a tomar los dichos, sentencias y refranes de su obra anterior "Con el tiempo y un ganchito", estos elementos suman relevancia a estos textos modernos y costumbristas. El ritmo de su letra, la riqueza del lenguaje, hacen de esta obra un referente en las publicaciones de Los Altos.

En este trabajo, la autora no puede desprenderse de la poesía, género que la ha llevado a sensibilizar sobre la vida cotidiana. Terca a no dejarse rebasar por el olvido, la escritora habla de El Cine Alteño, El Barrio Alto, la llegada de las máquinas para hacer tortillas, las trabajadoras de La Cadena, las costumbres fúnebres que se perdieron con el tiempo y la modernización; el racismo contra el que llega de fuera, los recuerdos de la infancia, la vida en el campo, sucesos históricos. Incluye un texto personalísimo. Habla de gente y personajes que han sido parte de su propia historia.

Aquí encontraremos ficción con pinceladas de realidad, mucha realidad. El dicho, el refrán, la grosería que forman parte del lenguaje coloquial de los alteños, son elementos importantes y prescindibles. Se vale de arcaísmos para contarnos la vida de antes y como vivimos ahora. Leer estas piezas es también entendernos como alteños

Eduardo Castellanos

ISBN 979-8-218-10463-4



90000>



9 798218 104634


flechaprint S.A. DE C.V.